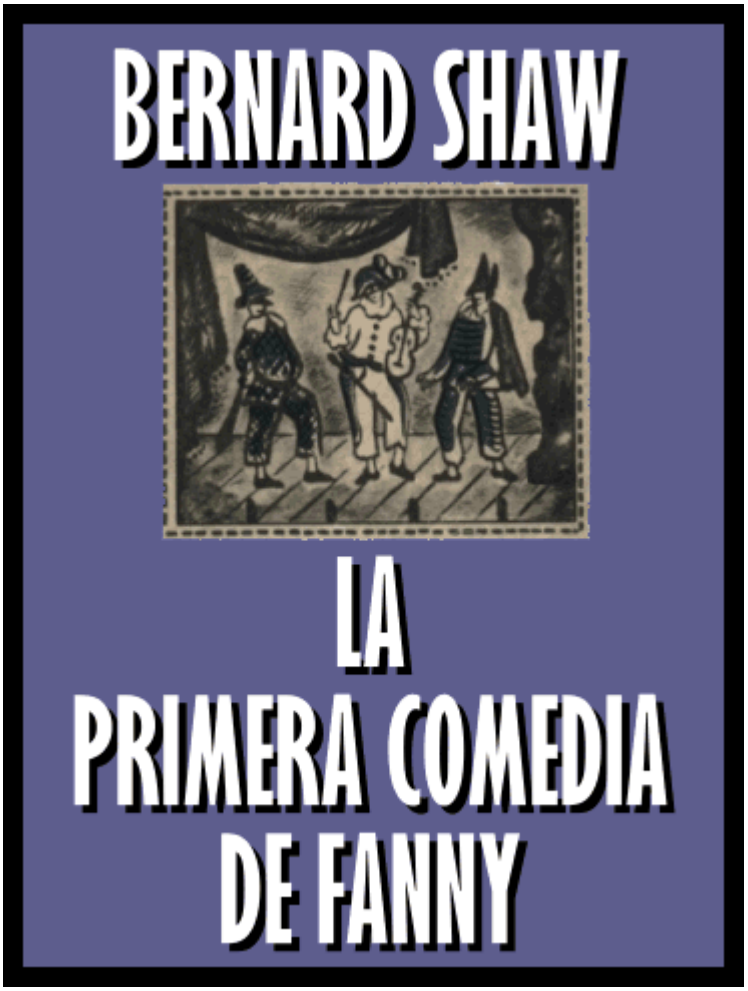
LIBRO dot.com

LA PRIMERA COMEDIA DE FANNY

BERNARD SHAW



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

"La primera comedia de Fanny"

fue estrenada en el Little Theatre de Adelphi,

Londres, en la tarde del miércoles 19 de abril

de 1911.

PREFACIO A "LA PRIMERA COMEDIA DE FANNY"

Como "La primera comedia de Fanny" sólo es una pieza escrita para ganar dinero, no necesita prefacio. Pero lamento tener que decirle al lector que su moraleja no es superflua. La simple moral, o la sustitución de la costumbre por la conciencia, se consideraba antaño algo vergonzoso y cínico: la gente hablaba del bien y del mal, de la honra y la deshonra, del pecado y la gracia, de la salvación y la condenación, no de la moral y la inmoralidad. La palabra moral, si la halláramos en 'la Biblia, nos sorprendería tanto como la palabra teléfono o automóvil. En estos tiempos, no creemos al parecer que haya otra piedra de toque de la conducta que la moral; y el resultado es que es preferible que a las almas de los jóvenes las despierten la deshonra, la captura por la policía y un mes de presidio que ir a la deriva desde la cuna hasta la tumba haciendo lo mismo que los demás, sin más razón que la de que lo hacen éstos y sin saber nada sobre el bien y el mal, el valor y la cobardía y en realidad cualquier cosa que no sea mantener al hambre y la concupiscencia y la ropa elegante dentro de los límites del buen gusto, salvo cuando sus excesos Pueden ser ocultados. ;Tiene algo de asombroso el que yo me vea impulsado a ofrecerle a la gente joven de nuestros suburbios el desesperado consejo de "Haced algo que os ponga en dificultades"? Pero no crea el lector, se lo ruego, que defiendo un estado de cosas a causa del cual este consejo es el mejor que se puede dar en esas circunstancias, o que no sé cuán difícil es hallar una manera de verse en apuros que combine la pérdida de la respetabilidad con la integridad del autorrespeto y la apreciación, sensata de los sentimientos e intereses de los demás con respecto a todos los puntos, salvo su temor a perder su propia respetabilidad. Pero cuando se quiere se puede. Me fastidia ver vagabundear por ahí a los muertos: eso es algo poco natural. Y nuestra gente respetable de la clase media está muerta a carta cabal. Por boca de la señora Knox, le he hecho llegar el juicio del Dios de ésta.

Los críticos a quienes he satirizado en la introducción de esta obra con los nombres de Trotter, Vaughan y Gunn me perdonarán: en realidad, el señor Trotter me perdonó de antemano y colaboró en el maquillaje mediante el cual el señor Claude King simuló con tanto éxito su aspecto personal. Los críticos a los cuales no presenté se sintieron un poco

ofendidos, como me habría sucedido a mí en las mismas circunstancias; pero yo no tenía lugar para todos ellos; por lo tanto, sólo puedo disculparme y asegurarles que no he tenido el propósito de faltarles al respeto.

La ocultación de la paternidad, si es que puede decirse que un secret de Polichinelle implica ocultación, era una parte necesaria de la obra. En tanto cuanto era eficaz, obró en cierto modo como un alivio para los críticos y espectadores a quienes obsesiona tanto mi deformada y legendaria reputación que se acercan a mis comedias con un estado de ánimo realmente perturbado, y sólo pueden concebir a una comedia mía como una trampa con cebo de paradojas y destinada a ponerle sitio a su perversión ética y a su confusión intelectual. De ser ello posible, yo presentaría todas mis comedias en forma anónima o contrataría a alguna persona menos perturbadora, como se dice que Bacon contrató a Shakespeare, para que las prohíje.

AYOT ST. LAWRENCE

marzo de 1911.

LA PRIMERA COMEDIA DE FANNY

INTRODUCCIÓN

El extremo de un salón, en una casa de campo a la antigua (Florence Towers, propiedad del conde O'Dowda), ha sido separado con un telón para formar un escenario destinado a una representación teatral privada. Un lacayo de majestuosa librea española entra por foro, pasando delante de los cortinados que sirven de telón.

EL LACAYO *(anunciando).* - El señor Cecil Savoyard. (Entra Cecil Savoyard, un hombre de edad madura en traje de noche y abrigo forrado de piel. Le sorprende no hallar a nadie que lo reciba. Lo mismo le sucede al Lacayo.) ¡Oh!, perdone usted, señor: creí encontrar al conde aquí. Estaba cuando lo anuncié a usted. Debe de haber cruzado el escenario para ir a la biblioteca. Por aquí, señor. *(Avanza hacia la separación existente en la parte media del telón.)*

SAVOYARD. - Un momento. *(El lacayo se detiene.)* ¿Cuándo comienza la comedia? ¿A las ocho y media?

EL LACAYO. - A las nueve, señor.

SAVOYARD. - ¡Ah! ... Bueno. ¿Quiere hacerme el favor de telefonearle a mi esposa al George que sólo comienza a las nueve?

EL LACAYO. -Bien, señor. ¿Pregunto por la esposa del señor Cecil Savoyard, señor?

SAVOYARD. -No. Por la esposa del señor William Tinkler. No lo olvide.

EL LACAYO. - La señora Tinkler, señor. Bien, señor. *(El conde aparece por entre los cortinados.)* Aquí está el conde, señor. *(Anunciando.)* El señor Cecil Savoyard, señor. *(Se retira.)*

EL CONDE O'DOWDA *(un hombre gallardo de cincuenta años, y que viste con una estudiada elegancia que ha pasado de moda desde hace un siglo, avanza cordialmente para estrecharle la mano a su visitante).* - Discúlpeme por favor, señor Savoyard. De pronto, recordé que todos los estantes de la biblioteca estaban cerrados con llave -en realidad, nunca los abrieron desde que llegamos de Venecia- y como es probable que nuestros huéspedes literarios usen mucho la biblioteca, entré allí para abrirlo todo.

SAVOYARD. - ¡Ah! ... Usted se refiere a los críticos teatrales. Sí. Supongo que habrá un salón de fumar..., ¿verdad?

EL CONDE. - Mi gabinete está disponible. Esta es una casa a la antigua. .. , ¿comprende? ¿Quiere tomar asiento, señor Savoyard?

SAVOYARD. - Gracias. *(Se sientan. Savoyard, después de mirar el traje anticuado de su anfitrión, continúa:)* Yo no sabía que usted iba a intervenir personalmente en la comedia.

EL CONDE. -No intervengo en ella. Uso este traje porque..., bueno, quizás sea preferible que le explique la situación, si es que eso le interesa.

SAVOYARD. Ciertamente.

EL CONDE. - Bueno. Le diré, señor Savoyard. Soy más bien un extraño en su mundo. Creo no ser un hombre moderno en ningún sentido de la palabra. En realidad, no soy inglés: mi familia es irlandesa: he pasado toda mi vida en Italia -más que nada en Veneciay hasta mi título es extranjero: soy un conde del Sacro Imperio Romano.

SAVOYARD. - ¿Dónde está eso?

EL CONDE. - Actualmente, en ninguna parte, salvo como un recuerdo y un ideal. (Savoyard inclina respetuosamente la cabeza ante el ideal.) Pero no soy en modo alguno un ideólogo. No me contento con hermosos sueños: quiero hermosas realidades.

SAVOYARD. - ¡Hola, hola! En esto, estoy de acuerdo con usted..., cuando puedo conseguirlas.

EL CONDE. - ¿Por qué no conseguirlas? La dificultad no consiste en que no haya hermosas realidades, señor Savoyard: la dificultad radica en que somos muy pocos los que las reconocemos al verlas. Hemos heredado del pasado un vasto tesoro de belleza, de

imperecederas obras maestras de poesía, de pintura, de escultura, de arquitectura, de música, de exquisita elegancia en el vestir, de mobiliario, de decoración doméstica. Podemos contemplar esos tesoros. Podemos reproducir muchos de ellos. Podemos comprar unos pocos originales inimitables. Podemos excluir el siglo XIX...

SAVOYARD *(rectificando).* - El XX.

EL CONDE. - Para mí, el siglo que excluyo será siempre el XIX, así como el himno nacional de usted será siempre "Dios Salve a la Reina" por más reyes que la hayan sucedido. Encontré a Inglaterra emporcada por el industrialismo: pues Sien, hice lo mismo que Byron: simplemente, me negué a vivir en ella. Usted recordará las palabras de Byron: Estoy seguro de que mis huesos no descansarán en una tumba inglesa, o de que mi barro no se mezclará con la tierra de ese país. Creo que si pensara que alguno de mis amigos podría cometer la vileza de trasladar de nuevo mi cadáver allí, esa idea me enloquecería en el lecho de muerte. Yo ni siquiera alimentaría a los gusanos de ese país si pudiera evitarlo."

SAVOYARD. -¿Dijo eso Byron?

EL CONDE. -Sí, señor.

SAVOYARD. - No parecen palabras suyas. Lo vi a menudo en otros tiempos.

EL CONDE. - ¡Usted! Pero... ¿cómo es posible? Usted es demasiado joven.

SAVOYARD. - Yo era apenas un jovencito, desde luego. Pero tenía un papel cuando se representó por primera vez "Nuestros Jóvenes".

EL CONDE. - Mi estimado señor, no se trata de ese Byron. Hablo de Lord Byron, el poeta.

SAVOYARD. - ¡Ah, perdóneme usted! Creí que se refería al Byron. ¿Conque prefiere usted vivir en el extranjero?

EL CONDE. - Inglaterra me parece fea y filistea. Bueno, el caso es que no quiero vivir en ella. Las casas modernas me desagradan. Me niego a residir en su interior: tengo un palacio sobre el gran canal de Venecia. La ropa moderna se me antoja prosaica. No la uso, salvo, naturalmente, en la calle. A mis oídos los irrita el acento cockney: trato de no oírlo y hablo y escucho el italiano. La música de Beethoven me parece vulgar e inquieta y la de Wagner carente de sentido y detestable. No las escucho: escucho a Cimarosa, a Pergolesi, a Gluck y Mozart. Nada más sencillo, señor.

SAVOYARD. - Todo eso está muy bien cuando uno puede permitírselo.

EL CONDE. -¡Permitírselo! Mi querido señor Savoyard, si usted es un hombre con sentido de la belleza puede crearse un paraíso terrenal en Venecia por mil quinientas libras anuales, mientras que nuestros desventurados y vulgares millonarios industriales gastan veinte mil para divertir a los marcadores de billar. Le aseguro que soy un hombre pobre desde el punto de vista moderno. Pero nunca tuve nada menos que lo mejor que ha producido la vida. Mi buena suerte consiste en tener una hija bella y simpática; y esa muchacha, señor, nunca ha visto un espectáculo desagradable ni oído un sonido desagradable que yo pudiera ahorrarle; ni ha usado, ciertamente, un vestido feo, o probado una comida vulgar o un mal vino en su vida. Ha vivido en un palacio; y su cochecito de paseo, cuando muy pequeña, era una góndola. Ahora, ya sabe qué clase de gente somos, señor Savoyard. Se imaginará cómo nos sentimos aquí.

SAVOYARD. - Un poco al margen de todo esto. .. , ¿eh?

EL CONDE. -¡Al margen de todo esto, señor! ¿Al margen de qué?

SAVOYARD. - Bueno, al margen de todo.

EL CONDE. - Al margen del hollín y la niebla y el barro y el viento este; al margen de la vulgaridad y la fealdad, la hipocresía y la codicia, la superstición y la estupidez. Al margen de eso, y al sol, en la región hechizada de la cual sólo los grandes artistas tienen el secreto, sobre los sagrados pasos de Byron, de Shelley, de los Browning, de Turner y Ruskin. ¿No me envidia usted, señor Savoyard?

SAVOYARD. - Algunos de nosotros debemos vivir en Inglaterra, sólo para que se mantenga en marcha. Además -aunque, fíjese usted, no digo que eso no esté muy bien desde el elevado punto de vista del arte y todo lo demás-, tres semanas de semejante vida me volverían loco de melancolía. Con todo, me alegro de que me lo haya dicho, porque eso explica por qué ignora usted al parecer muchas cosas sobre Inglaterra. Confío, por lo demás, en que todo le haya proporcionado satisfacción a su hija.

EL CONDE. - Mi hija parece muy satisfecha. Me dice que los actores que usted mandó se adaptan perfectamente a sus papeles y son gente excelente para trabajar con ellos. Tengo entendido que tuvo ciertas dificultades en los primeros ensayos con el caballero que usted llama productor, porque éste no había leído la comedia; pero apenas descubrió de qué se trataba, todo marchó como una seda.

SAVOYARD. - ¿No ha asistido usted a los ensayos?

EL CONDE. - ¡Oh, no! Ni siquiera me han permitido conocer a gente de la compañía. Lo único que puedo decirle es que el protagonista es un francés (Savoyard se muestra bastante escandalizado) : le pedí a mi hija que el protagonista no fuera inglés. Eso es todo lo que sé. *(Con tono lastimero.)* Ni siquiera me han consultado sobre el vestuario, aunque aquí, me parece, yo habría podido servir de algo.

SAVOYARD *(perplejo).* -¡Pero si no hay vestuario!

EL CONDE *(seriamente escandalizado).*- ¡Cómo! ¿No hay vestuario? ¿Insinúa usted que se trata de una comedia moderna?

SAVOYARD. -No lo sé: no la he leído. Se la entregué a Billy Burjoyce -el productor- y le dejé formar la compañía. Pero yo habría tenido que encargar el vestuario si hubiese existido. No lo había.

EL CONDE *(sonriendo, al reponerse de su alarma).* - Comprendo. Mi hija se ha ocupado personalmente de la ropa. Es una experta en materia de vestuario hermoso. Me arriesgo a prometerle, señor Savoyard, que lo que verá dentro de poco parecerá un ballet de Luis XIV pintado por Watteau. La heroína será una exquisita Colombina, su galán un delicado Arlequín, su padre un pintoresco Pantalón y el valet que le venda los ojos al padre y les proporciona felicidad a los amantes es un Polichinela o un Mascarilla o un Sganarel grotesco pero muy sabroso.

SAVOYARD. -Comprendo. Eso, significa tres hombres; y con el payaso y el policía, cinco. Por eso usted quería cinco hombres en la compañía.

EL CONDE. - ¡Mi estimado señor, no creerá usted que me refiero a ese espectáculo estúpido, carente de sentido, malicioso y destructor que era la arlequinada de una pantomima inglesa de Navidad del siglo XIX! ¿Qué fue eso, después de todo, sino una estúpida tentativa de imitar el éxito logrado por el genio de Grimaldi hace un siglo? Mi hija ignora que exista semejante cosa. Me refiero a las graciosas y encantadoras fantasías de los escenarios italianos y franceses de los siglos XVII y XVIII.

SAVOYARD. - ¡Oh, perdón! Estoy completamente de acuerdo en que las arlequinadas son algo pésimo. Han sido abandonadas en todos los teatros de buen tono. Pero a juzgar por lo que me dijo Billy Burjoyce pensé que su hija estaba a sus anchas aquí y había visto muchas comedias. Burjoyce ignoraba que pasó todo ese tiempo en Venecia.

EL CONDE. - ¡Oh, no estuvo allí! Yo debí explicar que, hace dos años, me abandonó para completar su

educación en Cambridge. Cambridge fue mi universidad; y aunque, desde luego, allí no había mujeres en mis tiempos, confié en que si la atmósfera del siglo XVIII perduraba aún en algún lugar de Inglaterra, era en Cambridge. Hace unos tres meses, mi hija me escribió para preguntarme si yo querría hacerle un regalo en su próximo cumpleaños. Desde luego, le respondí que sí; y entonces, me asombró y deleitó diciéndome que había escrito una comedia y que lo que quería ahora era representarla en privado con verdaderos actores y ante verdaderos críticos.

SAVOYARD. -Sí: eso fue lo que me hizo vacilar. Era fácil contratar a una compañía para una función privada: eso se hace con bastante frecuencia. Pero la idea de conseguir que asistieran críticos era novedosa. Yo no sabía cómo abordar el asunto. Los críticos no confían en tener compromisos privados; y, por lo tanto, no tienen representantes. Además, yo no sabía qué ofrecerles. Sabía que eran más baratos que los actores, porque obtienen contratos a largo plazo: a cuarenta años, en ocasiones; pero cuando se trata de un trabajo suelto no rige esa norma. Además, son muchos: en las noches de estreno acaparan todas las plateas: uno no podría encontrar un sitio decente ni aun para su propia madre. Costaría una fortuna traerlos a todos.

EL CONDE. - Desde luego, nunca pensé en hacer semejante cosa. Sólo quise traer a unos pocos hombres representativos de primer orden.

SAVOYARD. - Precisamente. Lo único que usted necesita son algunas opiniones a título de muestra. Sobre cien reseñas críticas, no hallará a más de cuatro que parezcan decir algo distinto. Bueno, yo conseguí las cuatro que necesita. ¿Cuánto cree usted que me ha costado eso?

EL CONDE *(encogiéndose de hombros).* -No logro adivinarlo.

SAVOYARD. -Diez guineas y los gastos. Tuve que darle diez a Flawner Bannal. No quería venir por menos; y pidió cincuenta. Debí aceptar, porque si no lo teníamos a él tanto habría dado que no tuviéramos a nadie.

EL CONDE. -Pero... ¿y los otros, si el señor Flannel... ?

SAVOYARD *(fastidiado).* - Flawner Bannal.

EL CONDE si el señor Bannal obtuvo él sólo las diez guineas?

SAVOYARD. - ¡Oh, ya solucioné eso! Como se trata de algo de jerarquía, el primer hombre a quien busqué fue Trotter.

EL CONDE. - ¡Oh, por cierto que sí! Me alegro mucho de haber conseguido el concurso del señor Trotter. He leído sus "Impresiones juguetonas".

SAVOYARD. - Bueno, yo estaba un poco asustado en lo que a él respecta. No es precisamente lo que yo llamo un hombre accesible; y se mostró algo frío al principio. Pero cuando se lo expliqué y le dije que su hija...

EL CONDE *(interrumpiéndolo, alarmado).* - Supongo que no le habrá dicho que la comedia era de ella..., ¿verdad?

SAVOYARD. -No: en cuanto a eso, guardé un secreto riguroso. Sólo dije que su hija había pedido una verdadera comedia con un verdadero autor y un verdadero crítico y todo lo demás. Apenas mencioné a su hija, lo atrapé. También él tiene una hija. ¡No quiso oír hablar de cobrar nada! ¡Ofreció venir solamente para complacerla! Se mostró muy humano. Me sorprendió.

EL CONDE. - Ha sido muy bondadoso.

SAVOYARD. -Luego, fui a ver a Vaughan porque se ocupa tanto de música como de teatro; y usted decía que esperaba que hubiese música. Le dije que Trotter se sentiría solo sin él; por lo tanto, lo prometió sin más trámite. Después, pensé que a usted le gustaría uno de esos hombres que están en boga: los que gustan de lo más nuevo y juran y perjuran que son gente chapada a la antigua. Así, atrapé a Gilbert Gunn. Los cuatro le proporcionarán a usted un equipo representativo. Por lo demás *(consulta su reloj),* pronto estarán aquí.

EL CONDE. - Antes de que vengan, señor Savoyard ... , ¿podría sugerirme algo sobre ellos que me ayude a entablar una conversacioncita? Estoy, por así decirlo, un poco desconectado de Inglaterra; y podría decir, sin proponérmelo, algo carente de tacto.

SAVOYARD. - Bueno, veamos. Como a usted no le gustan los ingleses, no sé si se entenderá muy bien con Trotter, ya que es acabadamente británico: sólo es feliz cuando está en París y habla el francés tan innecesariamente bien que todos los presentes lo identifican como inglés apenas abre la boca. Es muy ingenioso y todo lo demás. Se muestra engreído en el teatro y dice que la gente alborota mucho en materia de arte. *(El conde se muestra indignado.)* Pero eso sólo se debe a su modestia, porque el arte es su

especialidad... , ¿comprende? Cuídese de no hacerle bromas sobre Aristóteles.

EL CONDE. - ¿Por qué habría yo de hacerle bromas sobre Aristóteles?

SAVOYARD. - Bueno; la verdad es que no lo sé; pero es una de las maneras reconocidas de burlarse de él. Con todo, usted se entenderá muy bien con Trotter: es un hombre de mundo y tiene sentido común. Con quien deberá tener cuidado es con Vaughan.

EL CONDE. - ¿En qué aspecto, si puede saberse?

SAVOYARD. Le diré. Vaughan no tiene sentido del rumor; y si uno bromea con él, cree que lo insulta deliberadamente. No es que no comprenda una broma, fíjese bien: la comprende; y eso le duele. Una escena de comedia lo hace sufrir; se pone morado y vapulea la pieza de lo lindo.

EL CONDE. - Pero eso debe de ser un grave defecto en un hombre de su profesión..., ¿no es así?

SAVOYARD. - Sí que lo es, sin duda. Pero Vaughan es franco y le importa un rábano lo que dice y si eso le gusta a todos o no; y hay que tener a un hombre así para que diga las cosas que nadie diría.

EL CONDE. - Eso, me parece, lleva demasiado lejos el principio de la división del trabajo, al mantener a la franqueza y las demás cualidades en compartimientos separados. ¿Cuál es la especialidad del señor Gunn, si me permite la pregunta?

SAVOYARD. - El señor Gunn es un intelectual.

EL CONDE. - Pero... ¿acaso no son intelectuales todos ellos?

SAVOYARD. - ¡No, por Dios! ¡El cielo no lo quiera! Tenga cuidado con lo que dice sobre eso: no me gusta que nadie me llame intelectual: ¡creo que eso no le gustaría a ningún inglés! En realidad, esa gente no cuenta; pero, con todo, aún está de moda tenerlos. Gunn es uno de los intelectuales jóvenes: él mismo escribe comedias. Es útil porque arremete contra los intelectuales de mayor edad que se interponen en su camino. Pero créame que ninguno de esos hombres cuenta realmente. Flawner Bannal es su nombre. En realidad, representa al frecuentador de teatros inglés. Cuando le gusta una cosa, puede usted jurar que hay en Londres cien mil personas a quienes eso le gustará si se puede lograr que vayan a verlo. Además, Bannal conoce el teatro por dentro. Nosotros lo conocemos a él; y él nos conoce a nosotros. Sabe cómo es el material que tiene entre manos, sabe cómo tratarlo, sabe lo que dice.

EL CONDE *(con leve suspiro).* - ¿La edad y la experiencia, supongo?

SAVOYARD. - ¡La edad! Yo diría que Bannal tiene veinte años, a lo sumo. Después de todo, no se trata de una profesión para viejos. . ., ¿verdad? Acaso Bannal no pontifique tan enfáticamente desde el punto de vista literario como Trotter y los demás; pero prefiero su opinión a la de cualquier otro crítico de Londres. Es el hombre de la calle; y eso es lo que nos hace falta.

EL CONDE. -Casi lamento que usted no le haya concedido a ese caballero lo que pedía. Yo no le hubiera mezquinado las cincuenta guineas por una opinión concienzuda. Quizás se sienta tratado de una manera mísera.

SAVOYARD. - Pues que se sienta así. Ha exagerado un poco al pedir cincuenta guineas. Después de todo... ¿quién es? Sólo un periodista. Es un buen negocio para él ganar diez: apuesto a que ha hecho a menudo el mismo trabajo por la mitad.

(Fanny O'Dowda avanza precipitadamente por entre los cortinados, excitada y nerviosa. Es una muchacha de diecinueve años y viste de una manera sincrónica con la de su padre.)

FANNY. - Papá, papá, han llegado los críticos. Y uno de ellos tiene un tricornio y una espada como un... *(Advierte a Savoyard.)* ¡Oh, perdone usted!

EL CONDE.- Este señor es Savoyard, tu empresario, querida.

FANNY *(estrechándole la mano).* - ¿Cómo está usted?

SAVOYARD.-Encantado de conocerla, señorita O'Dowda. El tricornio me parece muy bien. Trotter es miembro del nuevo Comité Académico. Los induje a adoptar un uniforme como el de la Academia Francesa y le pedí a Trotter que se lo pusiera.

EL LACAYO *(anunciando).* El señor Trotter, el señor Vaughan, el señor Gunn, el señor Flawner Bannal.

(Entran los cuatro críticos. Trotter luce un traje diplomático, con espada y tricornio. Tiene unos cincuenta años, Vaughan cuarenta, Gunn treinta. Flawner Bannal tiene veinte y es completamente distinto de los demás, quienes pueden ser clasificados como profesionales, mientras que Bannal es evidentemente un desocupado de la clase comercial que se gana la vida con un torpe coraje que le proporciona alegría, buen humor y bríos; y le ayuda positivamente en ello cierta debilidad por escribir y negativamente una cómoda ignorancia y falta de intuición que le ocultan todos los

peligros y desgracias que mantienen a raya a hombres de más fina percepción. El conde se les acerca, con aire hospitalario.)

SAVOYARD. - El conde O'Dowda, caballeros. Señor Trotter.

TROTTER *(mirando el atavío del conde).* - ¿Tengo el placer de encontrarme con un colega?

EL CONDE. - No, señor: no tengo derecho a mi traje, salvo el de un amante de las artes a vestirse hermosamente. Muy bienvenido, señor Trotter. *(Trotter se inclina a la manera francesa.)*

SAVOYARD. - Señor Vaughan.

EL CONDE. - ¿Cómo está usted, señor Vaughan?

VAUGHAN. - Muy bien, gracias.

SAVOYARD. -El señor Gunn.

EL CONDE. - Encantado de conocerlo, señor Gunn.

GUNN. - Muchísimo gusto.

SAVOYARD. - El señor Flawner Bannal.

EL CONDE. -Ha sido usted muy amable al venir, señor Bannal.

BANNAL. - ¡Oh, no tiene importancia!

EL CONDE. - Caballeros, mi hija. *(Todos ellos se inclinan.)* Estamos en deuda con ustedes, caballeros, por haber complacido tan bondadosamente su capricho. *(Suena la campanilla que llama a vestirse para la cena. El ronde consulta su reloj.)* ¡Ah! Llaman a vestirse para .a cena. Como nuestra comedia empieza a la nueve,

e tenido que adelantar un poco la cena. ¿Me permien que les muestre sus habitaciones? *(Sale, seguido por Iodos los hombres, salvo Trotter, quien, por ir último, re ve detenido por Fanny.)*

FANNY. - Señor Trotter: quiero decirle algo sobre esta comedia.

TROTTER. L- No: eso está prohibido. Usted no debe tratar de souffler al crítico.

FANNY. - ¡Oh, yo no influiría por nada del mundo sobre su opinión!

TROTTER. - Pero lo hace: influye sobre mí de una manera que escandaliza mucho. Me invita a esta encantadora casa, donde me dispongo a disfrutar de una cena encantadora. Y momentos antes de cenar, me lleva a un aparte una damita encantadora para hablarme de la comedia. ¿Cómo puede pretender que yo sea imparcial? Dios no permita que yo quiera

ser algo más que un juez o hacer algo más que anotar una impresión; pero sobre mis impresiones se puede influir; y en este caso, usted influye desvergonzadamente sobre ellas sin cesar.

FANNY. -No me ponga más nerviosa de lo que estoy ya, señor Trotter. ¡Si supiera cómo me siento!

TROTTER. - Naturalmente: es su primera fiesta: su presentación en Inglaterra como anfitrión. Pero lo hace muy bien. No tema. Todas las nuances son perfectas.

FANNY. -Es usted muy amable, señor Trotter. Pero no se trata de eso. La verdad es que esta comedia le causará a mi padre una tremenda conmoción.

TROTTER. -Lamento decirle que no veo nada de insólito en eso. La mitad de las jóvenes londinenses logran que sus padres las lleven de noche a ver comedias no aptas para la gente madura.

FANNY. - ¡Oh!, sé todo eso; pero usted no puede comprender qué significa para papá. Usted no es tan inocente como él...

TROTTER *(reconviniéndola).* - Mi querida señorita...

FANNY. -No quiero decir moralmente inocente: todos los que leen sus artículos saben que usted es inocente como un cordero.

TROTTER. - ¡¡Cómo!!

FANNY. - Sí, señor Trotter: he visto muchas cosas desde que llegué a Inglaterra; y le aseguro que, para mí, usted es un simple niño de pecho: un niño encantador, bueno, bien intencionado, delicioso, ingenioso; pero, de todos modos, un simple corderito en un mundo de lobos. Cambridge no es ya lo que fue en tiempos de mi padre.

TROTTER. - ¡Vaya, vaya!

FANNY. - Pues así es. Esa es una de nuestras clasificaciones en la Sociedad Fabiana de Cambridge.

TROTTER. - ¿Clasificaciones? No comprendo.

FANNY. -Clasificamos a nuestras comadres en distintas clases. Y una de las clases es el "vaya, vaya".

TROTTER. - Retiro el "vaya, vaya". Lo sustituyo por Vaya unas gallinas". No: diré, más bien, "Vaya unas ollas". Y lo repito a despecho de toda la Sociedad Fabiana de Cambridge. Pollas. Pollitas impertinentes. Que merecen una paliza. En esta comedia a la

cual me a atraído usted, los miembros de la Sociedad Fabiana instruyen a sus abuelas en el arte de ordeñar a los patos. Y usted teme que eso escandalice a su padre. Bueno: pues confío en que lo escandalizará. Y si él me consulta sobre eso, le recomendaré que le dé a usted una buena paliza y la mande a la cama.

FANNY. -Esa es una de sus más bonitas actitudes literarias, señor Trotter; pero no me engaña. Le diré. Sé mucho mejor lo que es usted realmente que usted mismo, porque lo hemos analizado a usted a fondo en Cambridge; y usted nunca se ha analizado a sí mismo... ¿verdad?

TROTTER. - Yo...

FANNY. -Claro que no lo ha hecho; por lo tanto, como comprende, es inútil que pretenda trotearme. TROTTER. - ¡Trotearla!

FANNY. - Así llamamos a eso en Cambridge.

TROTTER. - Si eso no fuera tan evidentemente un clisé teatral, yo diría: ¡Maldito sea Cambridge! Y ahora, permítame prevenirla. Si usted fuera una deliciosa y sana muchacha inglesa, puede engatusarme. Si fuera un marimacho asexuado de la Sociedad Fabiana, la trataré como a mi igual intelectualmente, como trataría a un hombre.

FANNY (*con aire de adoración).* - Pero... ¡qué pocos hombres son sus iguales intelectualmente, señor

Trotter!

TROTTER. - Soy yo quien obtiene la peor parte de eso.

FANNY. - ¡Oh, no! ¿Por qué dice eso?

TROTTER. - ¿Me permite recordarle que sonará de un momento a otro la campana que llama a cenar?

FANNY. - ¿Qué importa? Ambos estamos prontos. Yo no le he dicho aún qué quiero que haga por mí.

TROTTER. Ni me ha predispuesto particularmente a hacerlo, salvo por mera magnanimidad. ¿De qué se trata?

FANNY. - No me importa que esta comedia escandalice a mi padre desde el punto de vista moral. Le conviene que lo escandalicen en ese sentido. Es todo lo que pueden hacer los jóvenes por los viejos: escandalizarlos y mantenerlos al día. Pero sé que esta comedia lo escandalizará artísticamente; y eso me aterroriza. Ninguna consideración moral podría

causar una ruptura entre nosotros: mi padre me perdonaría cualquier cosa de esa índole, tarde o temprano; pero nunca cede en una cuestión de arte. Yo no me atrevería a revelarle que amo a Beethoven y a Wagner: y en cuanto a Strauss, si él oyera tres compases de la "Electra", eso nos separaría para siempre. Pues bien: lo que quiero que haga usted es lo siguiente. Si mi padre está muy enojado -si le disgusta la obra, porque es moderna- haga el favor de decirle que la culpa no es mía; que su estilo y construcción, etcétera, se consideran hoy el pináculo del arte; que el autor la escribió en la forma adecuada para los teatros de repertorio del género superior. Usted sabe a qué clase de piezas me refiero. . ., ¿no es así?

TROTTER *(enfáticamente).* - Creo saber a qué pasatiempos se refiere. Pero, por favor, no incurra en una petición de principio esencial llamándolas comedias. No pretendo ser una autoridad en la materia; pero, por lo menos, he probado que esas producciones, sean cuales fueren, no son ciertamente comedias.

FANNY. -Los autores no dicen que lo sean.

TROTTER *(cordialmente).* -Sé que cierto autor, el cual es, me sonroja decirlo, amigo personal mío, recurre con toda libertad al cobarde subterfugio de llamarlas conversaciones, discusiones, etcétera, con el objetivo expreso de eludir la crítica. Pero no me dejaré desarmar por esas tretas. Digo que no son comedias. Son diálogos, si usted lo prefiere así. Exhibiciones de carácter, acaso: sobre todo del carácter del autor. Ficciones, quizás, aunque no estaría fuera de lugar una pequeña y decorosa reserva al presentar a personas reales y al violar así la santidad de la vida privada. Pero comedias, no. Digo que NO. Comedias, no. Si usted no me concede eso, no puedo continuar nuestra conversación. Tomo esto en serio. Es una cuestión de principio. Debo preguntarle, señorita O'Dowda, antes que demos un paso más. ¿Afirma usted o no que esas obras son comedias?

FANNY. -Le aseguro que no lo afirmo.

TROTTER. - ¿En ningún sentido de la palabra?

FANNY. -En ningún sentido de la palabra. Detesto las comedias.

TROTTER *(decepcionado).* -Esa última observación destruye todo el valor de su reconocimiento. ¿Usted admira esas... esas cosas teatralmente inclasificables?

FANNY. - ¿Y usted?

TROTTER. - Claro que las admiro. ¿Me toma por tonto? ¿Supone que prefiero los melodramas populares? ¿Acaso no he escrito reseñas críticas muy elogiosas sobre ellas? Pero digo que no son piezas teatrales. No son piezas teatrales. No puedo consentir en quedarme en esta casa un solo minuto más si se esgrime contra mí como una comedia algo que sólo se le parece remotamente.

FANNY. - Admito que esas piezas no son obras teatrales. Sólo quiero que usted le diga a mi padre que las comedias no son comedias hoy..., por lo menos, en el sentido que le da usted a la palabra.

TROTTER. - ¡Ah! ¡Vuelta a lo mismo! ¡En el sentido que le doy yo a la palabra! Usted cree que mi crítica es una simple impresión personal; que...

FANNY. -Usted siempre dijo que lo era.

TROTTER. - Perdóneme: pero no sobre este punto. Si usted hubiese tenido una educación clásica...

FANNY. - ¡Pero si la tengo!

TROTTER. - ¡Bah! ¡Cambridge! Si la hubiesen edu

cado en Oxford, sabría que la definición de una comedia ha sido establecida exacta y científicamente para un período de dos mil doscientos sesenta años. Cuando digo que esos pasatiempos no son comedias, no quiero decir en el sentido que le doy a la palabra, sino en el que le dio para siempre el inmortal estagirita.

FANNY. - Quién es el estagirita?

TROTTER *(escandalizado).* - ¡Usted no sabe quién era el estagirita!

FANNY. -- Lo siento, pero nunca oí hablar de él.

TROTTER. - ¡Y esa es la educación de Cambridge! Pues bien, querida señorita. Me deleita descubrir que hay algo que usted no sepa; y no lo estropearé destruyendo una ignorancia que me parece muy adecuada para su edad y sexo. Dejemos, pues, el asunto así.

FANNY. - Pero ¿me promete decirle a mi padre que muchísima gente escribe comedias como esa..., que no la he elegido por mera crueldad?

TROTTER. - Difícilmente yo podría decirle qué le diré a su padre sobre la comedia antes de haberla visto. Pero le revelaré, en cambio, qué le voy a decir sobre

usted. Le diré que usted es una joven muy tonta; que ha ingresado a un círculo muy

discutible; y que cuanto antes la aleje él de Cambridge y de su Sociedad Fabiana, mejor.

FANNY. - Me divierte oírlo cuando finge usted ser un duro padre. En Cambridge lo consideramos un bel esprit, un hombre de ingenio, un irresponsable, un inmoralista parisiense, tras chic.

TROTTER. - ¡A mí!

FANNY. - Existe todo un círculo Trotter.

TROTTER. -¡No me diga!

FANNY. - Se dedican a las aventuras y lo llaman a usted Aramís.

TROTTER. - ¡No se atreverían!

FANNY. - Usted se burla siempre tan deliciosamente de la gente seria... Su *insouciance* ...

TROTTER *(con frenesí*). - Basta de hablarme en francés: no es un idioma decoroso para una muchacha. ¡Dios mío! ¿Será posible que unas bromas inocentes hayan sido interpretadas de una manera tan espantosa? He tratado durante toda mi vida de ser sincero y simple, de mostrarme modesto y bondadoso. He vivido una vida irreprochable. He apoyado a la censura frente al ridículo y al insulto. ¡Y ahora, me dicen que soy un centro de inmoralidad, de libertinaje moderno, de juego con los temas más sagrados! ¡Un nietzscheano! ¡Quizás un shawiano!

FANNY. -¿Tiene usted realmente propósitos serios, señor Trotter?

TROTTER. -Claro que los tengo. ¿Cómo se atreve a formularme semejante pregunta?

FANNY. - Entonces... ¿por qué no trata de lograrlos?

TROTTER. - Lo intento. .. , pero, naturalmente, siempre que ello no signifique ponerme en ridículo.

FANNY. - ¡Cómo! ¿No ponerse en ridículo por una buena causa? ¡Oh, señor Trotter! Eso es vieux jeu.

TROTTER *(gritándole).* - No hable en francés. No lo permitiré.

FANNY. - Pero ese temor al ridículo es terriblemente anticuado. La Sociedad Fabiana de Cambridge...

TROTTER. -Le prohíbo que me mencione a la Sociedad Fabiana.

FANNY. -SU lema es "Uno no puede aprender a patinar sin ponerse en ridículo".

TROTTER. - ¡A patinar! ¿Qué tiene que ver eso con el asunto?

FANNY. - Eso no es todo. Sigue diciendo: "El hielo de la vida es resbaladizo."

TROTTER. -¡Vaya con el hielo de la vida! Usted

debería comer helados de a penique y divertirse. No quiero oír una sola palabra más. *(El conde vuelve.)*

EL CONDE. - Todos estamos esperando en la sala, querida. ¿Has estado reteniendo al señor Trotter hasta ahora?

TROTTER. - ¡Cuánto lo siento! Tengo que arreglarme un poco... Yo... *(Sale precipitadamente.)*

EL CONDE. - Querida, corresponde que estés en la sala. No debiste retenerlo aquí.

FANNY. -Lo sé. No me regañes: tenía algo importante que decirle.

EL CONDE. -Le pediré que te haga compañía durante la cena.

FANNY. - Sí, papá. ¡Oh, confío en que eso resultará bien!

EL CONDE. -Sí, querida. Claro que sí. Ven.

FANNY. -Una sola cosa, papá, mientras estamos solos. ¿Quién era el estagirita?

EL CONDE. - ¡El estagirita! ¿Conque no lo sabes?

FANNY. -No tengo la menor idea.

EL CONDE. -El estagirita era Aristóteles. Entre paréntesis ... No se lo menciones al señor Trotter. *(Ambos entran en el comedor.)*

LA COMEDIA

ACTO I

En el comedor de una casa de Denmark Hill, una dama de edad madura está sentada desayunándose y leyendo el periódico. Su silla se halla en el extremo de una mesa rectangular alejada de la lumbre. En el otro extremo, hay otra silla. La lumbre está detrás de esta, y la puerta junto al fuego, entre este y el rincón. Junto a la carbonera hay un sillón. En el medio de la pared de foro está el aparador, paralelo a la mesa. El resto del mobiliario lo forman más que nada sillas de comedor, colocadas contra las paredes e

incluye una pequeña mecedora puesta en el lado del aposento donde está la dama. Esta es una persona plácida. Su marido, el señor Robin Gilbey, nada plácido, irrumpe con violencia en la habitación con una carta en la mano.

GILBEY *(haciendo crujir los dientes).* Esto es una fechoría. Esto es un...

SRA. GILBEY *(interrumpiéndolo bruscamente).* -Basta, por favor. Sea lo que fuere, las palabras fuertes no lo mejorarán.

GILBEY *(con amargura).* - Sí, échame la culpa, como de costumbre. Apoya a tu hijo contra mí. *(Se desploma en la silla vacía, frente a ella.)*

SRA. GILBEY. - Cuando hace algo bueno, es tu hijo. Cuando hace algo malo, es mío. ¿Tienes alguna noticia de él?

GILBEY. - Siento tentaciones de no decírtelo.

SRA. GILBEY. - Pues no lo hagas. Supongo que lo habrán encontrado. Eso es un consuelo, de todos modos.

GILBEY. - No, no lo han encontrado. Lo que es por ti, el chico podría estar en el fondo del río. *(Demasiado agitado para quedarse sentado tranquilamente, Gilbey se levanta y se pasea con nerviosidad por la habitación.)*

SRA. GILBEY. - Entonces ... ¿qué tienes en la mano?

GILBEY. - Una carta de monseñor Grenfell. De Nueva York. No quiere saber nada con nosotros. *(Volviéndose fogosamente hacia ella.)* Eso no está mal..., ¿eh?

SRA. GILBEY. - ¿Para qué?

GILBEY *(acercándose a su silla).* - ¿Cómo puedo saber yo para qué?

SRA. GILBEY. - ¿Qué dice?

GILBEY *(sentándose y ajustándose de mala gana los anteojos).* - He aquí lo que dice: "Mi estimado señor: La noticia sobre Bobby debió de seguirme a través del Atlántico: sólo llegó a mis manos hoy. Temo que es incorregible. Mi hermano, como podrá imaginarse, cree que esta última escapada ha excedido todos los límites; y yo mismo considero que a Bobby se le debiera hacer comprender que esos enredos son censurables." “¡Como podrá imaginarse!” Y no sabemos más sobre él que un recién nacido.

SRA. GILBEY. - ¿Qué otra cosa dice?

un poco de culpa; por lo tanto, entre nosotros, le perdonaré más tarde a Bobby, con la debida e impresionante solemnidad; pero, por ahora, creo que sería mejor dar por - sobrentendido que está en desgracia y que ya no nos visitamos. Como siempre, sinceramente suyo." *(Su nerviosidad vuelve a dominarlo.)* ¡Linda bofetada para recibirla de un hombre que ocupa ese cargo! Eso es lo que me ha traído tu hijo.

SRA. GILBEY. - Pues la carta me parece bastante amable. Prácticamente, te dice que sólo lo lamenta por el bien de Bobby.

GILBEY. - ¡Oh, está muy bien! Haz poner la carta en un marco y cuélgala sobre la chimenea como un certificado.

SRA. GILBEY. - No digas tonterías, Rob. Debiera alegrarte saber que el niño está vivo después de haber desaparecido así durante cerca de una semana.

GILBEY. - ¡Cerca de una Semana! Quince días, querrás decir. ¿Dónde están tus sentimientos, mujer? Ayer, se cumplieron los catorce.

SRA. GILBEY. - ¡Oh, no hables de catorce días, Rob, como si el niño estuviera en una cárcel!

GILBEY. - ¿Cómo sabes que no lo está? El asunto me ha irritado tanto los nervios que sería capaz de creer hasta eso.

SRA. GILBEY. -No digas tonterías, Rob. Bobby podría verse en un enredo como cualquier otro muchacho: pero nunca cometería una bajeza.

(Juggins, el lacayo, entra con una tarjeta sobre una bandeja. Es un hombre bastante apagado, de treinta y cinco años o más, de buen aspecto y modales y con un férreo dominio de sí mismo.)

JUGGINS *(presentándole la bandeja al señor Gilbey).* -Una dama desea ver a los padres del señor Bobby, señor.

GILBEY *(señalando a la señora Gilbey).* - Ahí tiene al progenitor del señor Bobby. Yo lo repudio.

JUGGINS. -Sí, señor. *(Le presenta la bandeja a la señora Gilbey.)*

SRA. GILBEY. -No haga caso de lo que dice su amo, Juggins; no habla en serio. *(Toma la tarjeta y lee.)* ¡Caramba!

GILBEY. - ¿Qué sucede ahora?

SRA. GILBEY *(leyendo).* - "Señorita D. Delaney, Querida Dora." Así, simplemente...

entre comillas. ¿Qué clase de persona es, Juggins?

GILBEY. -¿Cuál es su domicilio?

SRA. GILBEY. - El West Circular Road. ¿Se trata de una dirección respetable, Juggins?

JUGGINS. - En West Circular Road, señora, vive gente muy respetable; pero la dirección no es una garantía de respetabilidad.

GILBEY. - ¿Conque fue eso lo que le sucedió al chico?

SRA. GILBEY. -No deduzcas conclusiones precipitadas, Rob. ¿Cómo lo sabes? *(A Juggins.)* ¿Se trata de una dama, Juggins? Ya sabe qué quiero decir.

JUGGINS. -En el sentido en que usted usa la palabra, no lo es, señora.

SRA. GILBEY. - Más vale que yo averigüe qué puedo sacar de ella. *(A Juggins.)* Hágala pasar. Por tu parte no hay inconveniente... , ¿verdad, Rob?

GILBEY. - Con tal de que no te vayas y no me dejes a solas con ella. *(Se levanta y se planta sobre la alfombra del hogar.) (Juggins sale.)*

SRA. GILBEY. - ¿Qué querrá esa mujer, Rob?

GILBEY. -Si quiere dinero, no lo obtendrá. Ni un solo penique. ¡Me hace muy poca gracia que todos la vean en la escalinata de nuestra casa! Si no fuera porque puede decirnos algo sobre el chico, yo haría que Juggins echara a la calle a esa bribona.

JUGGINS *(volviendo y anunciando).* -La señorita Delaney. *(Espera órdenes expresas antes de ofrecerle una silla a la visitante.)*

(Entra la señorita Delaney. Es una joven de temperamento muy jovial, muy bonita y de vestido llamativo. Se muestra tan afable y confidencial que resulta muy difícil mantenerla a distancia con cualquier procedimiento que no sea echarla de la casa.)

DORA *(zambulléndose inmediatamente en una privilegiada intimidad y adueñándose del centro de la habitación).* - ¿Cómo están ustedes? Soy una amiga de Bobby. Me habló en cierta ocasión de ustedes, durante unas confidencias. Desde luego, en ningún momento reveló su identidad en la comisaría.

GILBEY. - ¿En la comisaría?

SRA. GILBEY *(mirando con aire aprensivo a Juggins*). - ¡Ssst! Juggins, una silla.

DORA. - ¡Ah! ¡Se me escapó! ¿Eh? *(Contemplando a Juggins con aire de aprobación cuando le pone una silla entre la mesa y el aparador.)* Pero, es un hombre como es debido, lo advierto. (Acosándolo.) Usted no divulgará eso por ahí abajo. . ., ¿verdad?

JUGGINS. - La familia puede confiar en mi absoluta discreción. *(Se retira.)*

DORA *(sentándose, con aire amable).* - No sé qué me dirán ustedes; como saben, en realidad no tengo el derecho de venir aquí, pero... ¿qué podía hacer? Ustedes conocen a Holy Joe, el preceptor de Bobby…, ¿verdad? Pero... ¡claro que sí!

GILBEY *(con aire digno).* - Conozco al señor Joseph Grenfell, el hermano de monseñor Grenfell, si es que se refiere usted a él.

DORA *(con ojos muy abiertos y muy divertida).* - ¡¡¡No!!! ¡No me digan que ese viejo estúpido tiene por hermano a un monseñor! ¡Y pensar que ustedes son católicos! ¡Y yo nunca lo supe, aunque conozco a Bobby desde hace tanto tiempo! Pero, desde luego, lo último que se descubre sobre una persona es su religión. .. , ¿verdad?

SRA. GILBEY. -Nosotros no somos católicos. Pero cuando los Samuels consiguieron al hijo de un archidiácono para formar el espíritu de su hijo, el señor Gilbey pensó que también a Bobby se le debía dar una oportunidad. Y monseñor es un cliente. El señor Gilbey lo consultó con respecto a Bobby; y monseñor recomendó a un hermano suyo contra el cual habían pecado más de lo que había pecado él.

GILBEY *(nerviosísimo).* - Ella no quiere oír hablar de eso, María. *(A Dora.)* ¿Qué desea usted?

DORA. -Temo que todo ha sucedido por culpa mía.

GILBEY. - ¿Qué ha sucedido por culpa suya? Estoy w muy perturbado. No sé qué le ha pasado al chico: estuvo perdido durante estos catorce días...

SRA. GILBEY. - Quince días, Rob.

GILBEY. -…y no supimos una sola palabra de él desde entonces.

SRA. GILBEY. -No te agites, Rob.

GILBEY *(gritando).* - Quiero agitarme. No tienes sentimiento. No te importa qué será del niño. *(Se sienta, con aire furioso.)*

DORA *(tranquilizadora).* - Ustedes han estado muy preocupados por él. Desde luego. ¡Qué imprudencia de mi parte no haber empezado por decirles que está sano y salvo! En realidad, se encuentra en el sitio más seguro del mundo, podría decirse: a salvo bajo llave.

GILBEY *(horrorizado, lastimero).* -¡Oh, Dios mío... ! *(Se queda sin aliento.)* ¿Quiere usted decir que cuando Bobby estaba en la comisaría ocupó el banquillo de los acusados? ¡Oh, María! ¡Oh, Señor! ¿Qué te hizo Bobby? ¿Cómo lo has castigado? *(Desesperado.)*

¿Me lo dirá usted o quiere que me vuelva loco?

DORA *(con dulzura).* -Sí, querido...

SRA. GILBEY *(con un sobresalto ante su familiaridad).* - ¡Vaya...!

DORA *(continuando).* - Se lo diré a ustedes; pero no se preocupen: Bobby está perfectamente. A mí misma me dejaron en libertad esta mañana: ¡había tanta gente! ¡Y qué banda de música! Creían que yo era sufragista. ¡Meras fantasías! Sucedió lo siguiente: Holy Joe empezó a contar que había sido un campeón sprinter en la Universidad.

SRA. GILBEY. - ¿Un qué?

DORA. - Un sprinter. Dijo que era el corredor más veloz de las cien yardas de Inglaterra. Esa noche, todos estábamos en el viejo establo.

SRA. GILBEY. - ¿Qué viejo establo?

GILBEY *(gimiendo).* - ¡Oh, adelante, adelante!

DORA. - ¡Oh... ! ¡Claro que ustedes no pueden saberlo! ¡Qué tonta soy! Es una especie de music-hall de Stepney. Lo llamamos el viejo establo.

SRA. GILBEY. -¿Lleva el señor Grenfell a Bobby a los music-halls?

DORA. - No: Bobby lo lleva a él. Pero a Holy Joe eso le gusta: el pobre lo sorbe como un gatito. Pues bien... Bobby me dice: -Querida..."

SRA. GILBEY *(tranquilamente).* - ¿Por qué la llama querida?

DORA. - ¡Oh, todos me llaman querida! Es una especie de mote que me han puesto. Querida Dora..., ¿comprenden? Pues bien... Me dice: "Querida Dora.. . Si puedes conseguir que Holy Joe corra las cien yar- das, te regalaré ese zumbador de las teclas doradas."

SRA. GILBEY. - ¿Llama Bobby a su preceptor Holy Joe cara a cara?

(Gilbey se mesa el cabello con impaciencia.)

DORA. -¿Y cómo podría llamarlo, de no ser así? Después de todo, Holy Joe es Holy Joe; y los muchachos son los muchachos.

SRA. GILBEY. - ¿Qué es un zumbador?

DORA. - ¡Oh!, desde luego; perdonen mi vulgaridad: una concertina. Hay una en un comercio de Green Street, con incrustraciones de marfil, teclas doradas y fuelles de cuero ruso; y el pobre Bobby sabía que yo la codiciaba; pero no podía permitírsela, pobrecito,

aunque yo sabía que se moría por regalármela.

GILBEY. - María: si nos sigues interrumpiendo con preguntas estúpidas, perderé los estribos. Ahí lo tenemos al niño en presidio y a mí deshonrado para siempre; y tú, sólo te preocupas por saber qué es un zumbador.

DORA. -Bueno, recuerde que tiene teclas doradas. dueño no la vendía por menos de 15 libras. Era una concertina de presentación.

GILBEY *(gritándole).* - ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué ha pasado a mi hijo? ¿Quiere hacer el favor de decirme eso y dejarse de cacarear sobre su zumbador?

DORA. - ¡Oh, qué impacientes somos! Pues el asunto lo honra, querido. Y no tiene por qué ponerse nervioso: no hay tal deshonra. Bóbby se portó como un perfecto caballero. Además, todo ha sido por culpa mía. Lo confieso: yo había bebido demasiado champaña. No estaba lo que se podría decir borracha; pero sí alegre y un poco fuera de mí; y... lo confieso..., quise alardear en presencia de Bóbby, porque Bóbby estaba algo entusiasmado por una mujer de teatro; y ella se fingía capaz de todo. Ustedes han educado a Bóbby con demasiada severidad. . ., ¿comprenden? Y cuando se desata, no hay modo de contenerlo. Goza de la vida más que ningún otro de los muchachos que yo haya conocido.

GILBEY. -No se preocupe de cómo lo han educado: eso es cosa mía. Dígame cómo lo han malcriado: eso es cosa suya.

SRA. GILBEY. - ¡Oh, no seas grosero con esta dama, Bob!

DORA. - A eso voy, querido: no sea tan porfiado. Bueno. Era una hermosa noche de luna y no podíamos conseguir un taxi; de modo que echamos a andar, muy alegremente, del brazo y bailando, cantando y todas esas cosas. Cuando llegamos a Jamaica Square, vimos en la esquina a un joven policía de guardia. Le dije a Bób: "Querido niño. ¿Quedamos de acuerdo en el asunto del zumbador si hago correr a Joe para ti?" "Lo que quieras, tesoro", me respondió él. "Te quiero." Adopté mis modales más sociables y me acerqué al policía y le dije: "Si gusta, señor. . ., ¿podría indicarme Carrickmines Square?" Yo era tan amable y hablaba con tanta dulzura, que cayó como un pájaro. "Nunca oí mencionar semejante plaza en ninguna parte" -me dijo. "Entonces... ¡qué tonto oficialito debe ser usted!" -repliqué y le propiné a su casco un golpecito por detrás que se lo caló sobre los ojos, e hice una disparada.

SRA. GILBEY. - ¿Una qué?

DORA. - Una disparada. Holy Joe hizo también una muy bien: corrió con más velocidad que en la universidad. Se perdió de vista. En el preciso momento en que me estaba alcanzando a mitad de camino de la plaza, oímos el silbato; y al oírlo, él se alejó con la velocidad del rayo; y no lo vimos más. A mí, me atraparon en Rock Road. Mala suerte..., ¿verdad? Me fingí inocente y amable y todo lo demás; pero el sombrero de Bobby me perdió.

GILBEY. - ¿Y qué fue del chico?

DORA. - ¡Se detuvo a reírse del agente! ¡Imagínense! El pobre creyó que el agente comprendería la broma. Discutía sobre el asunto cuando los dos que me capturaron se acercaron para averiguar a qué se debía el silbato y me llevaron con ellos. Naturalmente, juré que nunca había visto a Bobby; pero Bobby tenía puesto mi sombrero y yo el suyo. Los agentes de policía se mostraron muy rencorosos y me endosaron todo lo imaginable: ebriedad y desorden y agresión a la autoridad: todas esas cosas. Me condenaron a catorce días sin opción de sustituir la pena por multa, porque, le diré. .. Bueno, el caso es que yo ya había hecho lo mismo y me habían prevenido de que no debía reincidir. Bobby obraba así por primera vez y podía optar; pero al pobrecito no le quedaba un solo penique y no quiso ponerlo en apuros a usted dando su nombre; y, de todos modos, no podía salvarse él y dejarme en la estacada a mí; de manera que está cumpliendo su mes de cárcel. Bueno,
se trata de cuarenta y dos chelines; y yo, apenas poseo veintiocho. Aunque empeñara mi ropa, no conseguiría más. Por lo tanto, no puedo pagar la multa y sacarlo del calabozo; pero si usted pone tres libras, yo pondré una; y con eso, lo sacaremos. Si quiere ser muy bondadoso y amable, puede pagarlo todo; pero yo no podría negar que la culpa fue mía; de modo que no insisto.

GILBEY *(descorazonado).* - ¡Mi hijo en la cárcel!

DORA. - Vamos, ánimo, querido; eso no le hará mal; míreme a mí después de haber pasado catorce días allí: me siento mejor por haberme quedado una temporadita tranquila. No se aflija.

GILBEY. -La vergüenza que eso me causa me matará. Y lo dejará marcado hasta el fin de sus días.

DORA. -En absoluto. No tenga miedo: he educado un poco a Bobby; ya no es el

afeminado que era cuando estaba en sus manos.

SRA. GILBEY. - En realidad, Bobby no es ningún afeminado. Querían que hiciese esgrima de bastón en la Asociación Cristiana de jóvenes; pero, naturalmente, no lo permití: habrían podido sacarle un ojo.

GILBEY *(a Dora).* - Escúcheme.

DORA. - ¡Oh, qué enojados estamos!

GILBEY. -Su alegría está fuera de lugar. Esta es una casa respetable. Usted ha puesto en dificultades a mi pobre e inocente hijo. Las mujeres como usted son la perdición de los jovencitos como él.

DORA. - Es lo que dicen los hombres como usted, querido. Pero se equivoca. Bobby vino a buscarme a mí, no yo a él.

GILBEY. - ¿Habría venido si usted no hubiese estado ahí para atraerlo? Contésteme a eso. Usted sabrá por qué vino a verla Bobby, supongo.

DORA *(con aire caritativo).* - Se aburriría en casa..., ¿verdad?

SRA. GILBEY. - ¡Oh, no... ! Estoy en casa el primer jueves de cada mes. Y los Knox vienen a cenar todos los viernes. Margaret Knox y Bobby pueden considerarse novios. El señor Knox es el socio de mi marido. La señora Knox es muy religiosa, pero jovial. Cenamos con ellos los martes. Tenemos, pues, dos noches agradables por semana.

GILBEY (casi llorando). . -Hemos hecho por el niño lo que hemos podido. Salvo permitirle tentaciones de todas clases, puede hacer lo que se le antoje. ¿Qué más quiere?

DORA. -Pues me quiere a mí, querido; ese es todo el quid del asunto. Y debo decirle que usted no se muestra muy amable conmigo. Le hablé como una madre e hice todo lo posible por conservarlo en el buen camino; pero no niego que me gusta divertirme y ambos nos mareamos un poco cuando nos sentimos alegres. El y yo somos una buena pareja, me temo.

GILBEY. -No diga tonterías, muchacha. ¿Cómo podrían ustedes formar una pareja siendo usted lo que es y habiendo sido educado él como lo fue, con el ejemplo de una mujer religiosa como la señora Knox ante sus ojos? No comprendo cómo pudo dejarse ver en la callé en su compañía. *(Compadeciéndose a sí mismo.)* No me he merecido esto. He cumplido con mi deber de padre. Lo he cuidado. (Irritado contra ella.) Los seres como usted, que aprovechan la inocencia de un niño, debieran ser azotados en las calles.

DORA. -Bueno. Sea lo que fuere, soy demasiado dama para perder los estribos; y no creo que Bobby quiera que yo les diga lo que pienso de ustedes; porque cuando empiezo a decirle a la gente lo que pienso, suelo usar un lenguaje indigno de mí. Pero le digo a usted, de una vez por todas, que necesito el dinero para sacar a Bobby de la cárcel; y si usted no me ayuda, iré de su hermano, el monseñor.

GILBEY. -Ocúpese de lo que le importa. Mi abogado tomará las medidas necesarias. No permitiré que usted pague la multa de mi hijo como si tuviese algo que ver con él.

DORA. - Muy bien. Usted lo sacará de la cárcel hoy mismo..., ¿no es así?

GILBEY. - ¿Y cree que yo lo dejaría ahí?

DORA. - Me gustaría saber cuándo lo pondrán en libertad.

GILBEY. - ¿De veras? Supongo que querrá esperarlo a las puertas de la cárcel.

DORA. - ¿No cree que cualquier mujer con los sentimientos de una dama haría eso?

GILBEY *(con amargura).* - ¡Ah, sí! Lo sé. ¡Tome! Supongo que debo comprar la salvación del chico. ¿Cuánto quiere por irse y dejarlo en paz?

DORA *(compadeciéndolo y tomando las cosas con mucha gentileza).* - ¿De qué serviría eso, querido? Hay otras. .. , ¿comprende?

GILBEY. -Es verdad. Tengo que alejar inmediatamente al niño.

DORA. - ¿Adónde?

GILBEY. - A cualquier parte, con tal de que no esté al alcance de usted y de gente como usted.

DORA. - Entonces, temo que tendrá que alejarlo del mundo, querido. Lo siento por usted: de veras que lo siento, aunque quizás no me crea; y pienso que sus sentimientos lo honran. Pero no puedo renunciar a él sólo para dejarlo caer en manos de gente que no me inspira confianza... ¿No le parece?

GILBEY *(fuera de sí, levantándose).* - ¿Dónde está la policía? ¿Dónde está el gobierno? ¿Dónde está la Iglesia? ¿Dónde están la respetabilidad y la sensatez? ¿De qué sirven si tengo que quedarme parado aquí y ver cómo se mete usted a mi hijo en el bolsillo como si fuera un siervo de la Edad Media, usted, que acaba de salir de la cárcel donde cumplió una condena por ebriedad y desorden? ¿Adónde va a parar el mundo?

DORA. - Es una lotería. .. , ¿verdad, querido?

(El señor Gilbey se precipita afuera de la habitación, acongojado.)

SRA. GILBEY *(imperturbable).* - ¿Dónde compró ese bonito encaje? Quiero un poco para combinar con un collar mío; y no he podido conseguirlo en Perry y John's.

DORA. - Knagg y Pantle's: un chelín y cuatro peniques. Hecho a mano.

SRA. GILBEY. - Nunca pago más de un chelín y dos peniques. Pero supongo que usted es derrochadora por temperamento. Mi hermana Martha era precisamente así. Pagaba lo que le pidieran.

DORA. - ¿Qué son dos peniques para usted, después de todo, señora Bobby?

SRA. GILBEY *(rectificándola).* - Señora Gilbey.

DORA. - Desde luego, señora Gilbey. ¡Qué tonta soy!

SRA. GILBEY. - Bobby debió de estar ridículo con el sombrero de usted. ¿Por qué hicieron esa permuta de sombreros?

DORA. -No lo sé. Esas cosas suelen ocurrir.

SRA. GILBEY. -Yo, nunca las hice. ¡Hay que verlo que se le ocurre a la gente! No lo entiendo. Bobby nunca me dijo que andaba con usted. ¡A mí, su madre!

DORA (abrumada). - Perdóneme, pero no puedo reprimir una sonrisa. *(Entra Juggins.)*

JUGGINS. - El señor Gilbey ha ido a Wormwood Scrubbs, señora.

SRA. GILBEY. - ¿Ha estado usted alguna vez en un tribunal correccional, Juggins?

JUGGINS. -Sí, señora.

SRA. GILBEY *(un poco escandalizada*). - Confío en que no se estaba excediendo, Juggins.

JUGGINS. - Sí, señora. Había excedido el límite legal.

SRA. GILBEY. - ¡Oh! ¿Fue eso? ¿Por qué le imponen a una mujer quince días de arresto por haber usado el sombrero de un hombre y a un hombre un mes por haber usado el de ella?

JUGGINS. -Yo no sabía que hicieran eso, señora.

SRA. GILBEY. - Eso no parece justo... ¿verdad, Juggins?

JUGGINS. - No, señora.

SRA. GILBEY *(a Dora, levantándose).* - Bueno, adiós. *(Estrechándole con energía la mano.)* Me alegro de haberla conocido.

DORA *(levantándose).* - ¡Oh, no diga eso! Ha sido usted muy amable al recibirme.

SRA. GILBEY. -Tengo que irme a encargar el almuerzo. (*Va de prisa hacia la puerta.)*

¿Cómo dijo usted que se llamaba la concertina?

DORA. - El zumbador, querida.

SRA. GILBEY *(pensativamente).* - El zumbador, claro. ¡Qué gracia tiene eso! *(Sale.)*

DORA *(en un éxtasis de alegría).* - ¡Oh! ¿Verdad que esa mujer es encantadora? ¿Cómo hace usted para permanecer imperturbable?

JUGGINS. -Para eso me pagan.

DORA *(confidencialmente).* -Oiga, querido. Usted no se llama Juggins. A nadie lo llaman Juggins.

JUGGINS. –Me han ordenado , señora Delany, que no la deje estar aquí cuando el señor Gilbey vuelva de Wormwood Scrubbs.

DORA. – Eso equivale a decirme que no me meta en lo que no me incumbe…,¿verdad? Bueno, me voy. Tootle Loo, querido Charlie. (Le manda un beso con la mano y se va.)

ACTO II

En la tarde del mismo día, la señora Knox está escribiendo cartas en su sala de recibo, sobre un secreter apoyado contra la pared. Todo aquel que se ubique en forma adecuada para ver su perfil izquierdo, tendrá la puerta a la derecha y la ventana a la izquierda, ambas más allá de la señora Knox, que le da la espalda a un anticuado piano vertical situado en el lado opuesto de la habitación. El sofá está cerca del piano. En el centro de la habitación, una mesita, sobre la cual hay algunos libros de canto dorado y álbumes y se ven unas sillas cerca.

El señor Knox entra casi furtivamente. Es un hombre atormentado, de cincuenta años, más flaco, más duro y más feo que su socio Gilbey, ya que este es un hombre fofo, regordete, de cabello cano y piel suave, mientras que el cabello de Knox es negro e hirsuto y tiene unos carrillos azulados que ningún esfuerzo de su parte alcanza a blanquear. La señora Knox es una mujer vulgar, que viste sin tener en cuenta para nada la moda, de ojos pensativos y modales cuidadosos, que crean a su alrededor una atmósfera de paz y cierta solemnidad. La sorprende ver a su marido en casa durante las

horas de oficina.

SRA. KNOX. - ¿Qué te ha traído a casa a estas horas? ¿Has oído algo?

KNOX. - No. ¿Y tú?

SRA. KNOX. -No. ¿Qué sucede?

KNOX *(sentándose sobre el sofá).* - Creo que Gilbany lo ha descubierto.

SRA. KNOX. - ¿Por qué lo crees?

KNOX. - A decir verdad, no lo sé: no he querido decírtelo; bastantes preocupaciones tienes sin necesidad de esa; pero Gilbey se muestra muy extraño desde que sucedió ese enredo. Yo no puedo concentrar mi atención en los negocios como debiera; y confiaba en él. Pero está peor que yo. No se interesa por nada y se mantiene fuera de mi alcance. Sus modales no son naturales. No nos ha invitado a cenar; y no ha dicho una sola palabra por el hecho de que no lo hayamos invitado a cenar a él, después de tantos años de haber cenado juntos todas las semanas con una regularidad cronométrica. Me parece que Gilbey está tratando de abandonarme en el aspecto social. ¿Por qué habría de obrar así, realidad, si no se hubiese enterado?

SRA. KNOX. - ¡Es lo que me pregunto! Tampoco Bobby ha estado cerca de nosotros; es lo que no puedo reprender.

KNOX. - ¡Oh!, eso no tiene importancia. Le dije que lrgaret estaba en Cornwall, con su tía.

SRA. KNOX *(con tono de reproche).* - ¡Jo! *(Saca un ñuelo del secreter y llora un poco.)*

KNOX. - Bueno... Tengo que decir mentiras. .. , D te parece? Tú no las dirías. Alguien tiene que decirlas.

SRA. KNOX *(dejando su pañuelo).* - A fin de cuenta ¿no sabemos qué creer. La señora Gilbey me dijo cine Bobby había ido a Brighton a tomar aire de mar. Eso tiene algo de raro. Gilbey nunca dejaba solo al chico entre las tentaciones de una ciudad alegre como Brighton sin su preceptor; y vi a su preceptor en Kensington High Street el mismo día en que ella me lo dijo.

KNOX. - Si los Gilbey lo han descubierto, todo ha terminado entre Bobby y Margaret y también entre nosotros y ellos.

SRA. KNOX. -Todo ha terminado entre nosotros y todo el mundo. Cuando una

muchacha huye de su casa así, la gente sabe qué se puede pensar de ella y de sus padres.

KNOX. - Tenía un hogar feliz, respetable..., todo...

SRA. KNOX *(interrumpiéndolo).* - Es inútil volver sobre eso, Jo. Si una muchacha no encuentra la felicidad en sí misma, no la hallará en ninguna parte. Más vale que vuelvas a la tienda y trates de no pensar en eso.

KNOX *(levantándose, inquieto).* -No puedo. Me parece, a cada momento, que todos lo saben y lo husmean. Sólo estoy en paz aquí. Es un consuelo estar contigo. Es un tormento estar con los demás.

SRA. KNOX *(acercándosele y pasando el brazo de su marido por el hueco del suyo).* - ¡Vamos, Jo! ¡Vamos! Estoy segura de que te tendría aquí siempre si pudiera. Pero no puede ser. La tarea de Dios debe proseguir todos los días, suceda lo que suceda. Debemos afrontar nuestro difícil trance y soportarlo.

KNOX *(acercándose a la ventana, del brazo con ella).* -Mira simplemente a la gente de la calle, que va de aquí para allá como si no hubiese sucedido nada. Eso no parece natural: se diría que todos lo saben y no les importa.

SRA. KNOX. - Si do supieran, Jo, habría una multitud alrededor de la casa, mirándonos. No deberías seguir pensando en eso.

KNOX. Lo sé. Tú tienes tu religión, Amelia, y estoy seguro de que te consuela. Pero a mí no me sucede lo mismo. He trabajado de firme para obtener una posición respetable. He despedido a muchas muchachas del negocio por haberse retrasado media hora de noche; y ahora, mi propia hija se va por quince días sin avisarme ni dar señales de vida, salvo un telegrama para decir que no ha muerto y que no debemos preocuparnos por ella.

SRA. KNOX *(señalando de pronto la calle).* - ¡Jo, mira!

KNOX. - ¡Margaret! ¡Con un hombre!

SRA. KNOX. - Corre, Jo, pronto. Atrápala, sálvala.

KNOX *(demorando).* - Le estrecha la mano, viene hacia la puerta.

SRA. KNOX *(con energía).* -Haz lo que te digo. Atrapa al hombre antes de que desaparezca.

(Knox sale corriendo. La señora Knox mira por la ventana con ansiedad y excitación. Luego, alza el vidrio q se asoma. Entra Margaret Knox, nerviosa y fastidiada.

Es una muchacha fuerte, elástica, de grandes fosas nasales, mentón audaz y aire

alegremente decidido, hasta perentorio en ocasiones como esta en que se halla fastidiada.)

MARGARET. - Mamá, mamá.

(La señora Knox abandona la ventana y enfrenta a su hija.)

SRA. KNOX *(con severidad).* - ¿Y bien, señorita?

MARGARET. - ¡Oh, mamá! Sal y evita que papá a haga un escándalo en la calle. Se precipitó hacia él y dijo "Usted es el hombre que me arrebató a mi hija", con voz lo suficientemente alta para que toda la gente lo oyera. Todos se detuvieron. Una muchedumbre se reunirá alrededor de la casa. Haz algo para contener a papá.

(Knox vuelve con un joven y guapo oficial de marina.)

MARGARET. - ¡Oh, monsieur Duvallet! Perdón. Esto me avergüenza tanto... Mamá: este es monsieur Duvallet, quien ha sido muy bondadoso conmigo. Monsieur Duvallet: mi madre. *(Duvallet se inclina.)*

KNOX. - ¡Un francés! Lo único que faltaba.

MARGARET *(muy fastidiada).* - Papá: haz el favor de ser medianamente cortés con un caballero que me ha prestado un grandísimo servicio. ¿Qué pensará de nosotros?

DUVALLET *(afable).* - ¡Pero si es muy natural! Comprendo perfectamente los sentimientos del señor Knox. *(Habla el inglés mejor que Knox, ya que lo ha aprendido a ambos 'lados del Atlántico.)*

KNOX. - Si he cometido algún error, estoy pronto a presentar mis excusas. Pero quiero saber dónde ha estado mi hija durante estos últimos quince días.

DUVALLET. - Ha estado, puedo asegurárselo, en un lugar especialmente seguro.

KNOX. - ¿Quiere hacer el favor de decirme de qué lugar se trata? Puedo juzgar por mí mismo hasta qué punto lo era.

DUVALLET. - En da cárcel de Holloway. ¿Era eso suficientemente seguro?

KNOX Y SRA. KNOX. - ¡La cárcel de Holloway!

KNOX. - ¡Te uniste a das sufragistas!

MARGARET. -No. Ojalá lo hubiese hecho. Habría podido lograr la misma experiencia en mejor compañía. Siéntese por favor, monsieur Duvallet. *(Se sienta entre la mesa y el sofá. La señora Knox, abrumada, se sienta del otro lado de la mesa. Knox se queda parado en medio de la habitación.)*

DUVALLET *(sentándose sobre el sofá).* -No fue nada. Una aventura. Nada.

MARGARET *(con obstinación).* - ¡Ebriedad y agresión a la policía! ¡Cuarenta chelines o un mes de cárcel!

SRA. KNOX. - ¡Margaret! ¿Quién te acusó de semejante cosa?

MARGARET. - El policía a quien ataqué.

KNOX. - Conque... ¿realmente lo hiciste?

MARGARET. -Sí. Por lo menos, tuve esa satisfacción. Le hice saltar dos dientes.

KNOX. -¡Y te estás sentada ahí, tan fresca y me lo dices!

MARGARET. - Pues... ¿dónde quieres que me siente? ¿De qué sirve decir cosas así?

KNOX. - ¡Mi hija en la cárcel de Holloway!

MARGARET. - Todas las mujeres de Holloway son hijas de alguien. Realmente, papá, debes habituarte a esa idea. Si te hubieras quedado en ese calabozo durante catorce días acostumbrándote a ella, comprenderías que x no estoy con humor de que me mires boquiabierto mientras tratas de convencerte de que eso no puede ser verdad. Esas cosas le suceden realmente todos los días a la gente auténtica; y te enteras de ellas en los periódicos y crees que son ciertas. Pues bien, me han sucedido a mí: eso es todo.

KNOX *(con un asomo de energía).* - Pero no debieron sucederte a ti. ¿No lo sabes?

MARGARET. - Supongo que no le debieran suceder a nadie. Pero le suceden. *(Levantándose con impaciencia.)* Y, en realidad, yo preferiría salir y atacar a otro agente de policía y volver a Holloway antes que seguir charlando así. Si me vas a echar de casa, échame: cuanto antes me vaya, mejor.

DUVALLET *(levantándose con rapidez).* - Eso es imposible, mademoiselle. Su padre debe tener en cuenta su propia posición. Echar a su hija sería su ruina desde el punto de vista social.

KNOX. - ¡Ah! ... ¡Fue usted quien la instigó a eso! ¿Verdad? ¿Y en qué momento entró usted en el asunto?

DUVALLET. - Entré por invitación de usted... dada su amable insistencia; en realidad, no por mi propia voluntad. Pero no tiene por qué preocuparse por mí. Estuve complicado en el lamentable incidente que llevó al encarcelamiento de su hija. Me aplicaron quince días de arresto sin la opción de una multa, fundándose absurdamente en que yo debía de haber golpeado al policía con el puño. Lo habría hecho con gusto de haberlo sabido; pero,

en realidad, lo golpeé en la oreja con el zapato -un magnífico moulinet, puedo decirlo- y me comunicaron que yo era culpable de un acto de cobardía, pero que, en vista de la entente cordiale, me tratarían con indulgencia. Con todo, a la señorita Knox, quien usó el puño, la condenaron a un mes de cárcel, pero con la opción de pagar una multa. No lo supe hasta que me dejaron en libertad y entonces lo primero que hice fue pagar los cuarenta chelines. Y aquí nos tiene.

SRA. KNOX. - Tienes que reembolsarle la multa al caballero, Jo.

KNOX *(sonrojándose.).* -¡Ah, naturalmente! *(Saca dinero.)*

DUVALLET. - ¡Oh, por favor! Eso no tiene impor-

tancia. *(Knox le tiende dos libras esterlinas.)* Si insiste... *(Se las embolsa.)* Gracias.

MARGARET. - Le estoy tan agradecida, monsieur Duvallet ...

DUVALLET. - ¿Puedo serle útil en alguna otra cosa, mademoiselle?

MARGARET. - Creo que más vale que nos deje solos para que terminemos esta batalla, si no le parece mal.

DUVALLET. - Perfectamente. Madame... *(Se inclina.)* ... Mademoiselle... (Se inclina.) ... Monsieur... *(Se inclina... Sale.)*

SRA. KNOX. -No toques el timbre, Joe. Acompaña al caballero a la puerta personalmente.

(Knox acompaña presurosamente a Duvallet. Madre f e hija se quedan sentadas con aire desamparado, mirándose, en silencio. El señor Knox vuelve.)

KNOX *(con tono lacónico y severo).* - Amelia, esto te corresponde a ti. *(A Margaret.)* Te dejo con tu madre. Yo diré lo que debo decir sobre este asunto cuando haya oído lo que tengas que decirle a ella. *(Sale, con aire solemne y ultrajado.)*

MARGARET *(con amarga risita).* - Es precisamente lo que me dijo la sufragista en Holloway. Te endosa la tarea a ti.

SRA. KNOX *(con tono de reproche).* - ¡Margaret!

MARGARET. - Sabes que es cierto.

SRA. KNOX. - Margaret: si vas a mostrarte insensible, está de más que yo diga nada.

MARGARET. - No me mostraré insensible. Pero no puedo decir tonterías sobre eso. Te diré... Todo eso es real para mí. Lo he sufrido. Me han empujado e intimidado. Me han retorcido los brazos. Me han hecho gritar de dolor en otras formas. Me han arrojado a un

calabozo inmundo donde había muchas otras desventuradas, como si yo fuera una bolsa de carbón que se vacía en un sótano. Y la única diferencia entre las demás y yo fue que respondí a los golpes. Sí, respondí. Y aun hice cosas peores. No me porté como una dama. Blasfemé. Les apliqué epítetos. Oí palabras que yo misma no creía saber y que brotaban de mis labios como si las dijera otro. El agente de policía las repitió ante el tribunal. El juez dijo que le costaba creerlo. El agente mostró en su mano los dos dientes que yo le había hecho saltar. Dije que así era; que me había oído a mí misma usar esas palabras con toda claridad y que me habían dado un premio por mi buena conducta en la escuela durante tres años consecutivos. Ese pobre señor me puso en manos del misionero para que descubriera mi identidad y lo informara sobre mi estado mental. Desde luego, por consideración a ustedes, no quise decirlo; y tampoco quise decir que lo lamentaba o presentarle mis excusas al agente de policía ni indemnizarlo ni nada que se le parezca. Yo no lo lamentaba. Lo único que me proporcionaba cierta satisfacción era haberle dado ese golpe en la boca; y así lo dije. Por lo tanto, el misionero informó que yo parecía ser insensible y que, sin duda, diría quién era después de haber pasado un día en la cárcel. Entonces, me condenaron. Conque, como ves, estoy muy lejos de ser la muchacha que ustedes me creían. Ni la muchacha que yo misma creía ser. Y no sé qué clase de persona sois en realidad tú y papá. Me pregunto qué diría o haría él si un brutal policía le retorciera el brazo con una mano y lo arrastrara aferrándolo de la nuca con el otro. No podría hacer girar su pierna como un molino de viento y derribar a un policía con un magnífico puntapié en el casco.

SRA. KNOX. -Pero ... ¿cómo empezó todo eso?

MARGARET. - ¡Oh, no lo sé! Me dijeron que esa noche había regatas.

SRA. KNOX. - ¡Que esa noche había regatas! Pero... pero ¿qué tenías que ver tú con las regatas? Fuiste al gran Festival del Ejército de Salvación de Albert Hall con tu tía. Ella te acompañó hasta el autobús que pasa por la puerta. ¿Por qué bajaste del autobús?

MARGARET. No lo sé. Ese mitin me irritó los nervios, al parecer. Supongo que fue el canto; y me pareció ridículo volver a casa en el autobús después de haber cantado tan maravillosamente con los demás que debíamos subir al cielo por una escalera de oro. Y quería más música..., más felicidad..., más vida. Quería algún camarada que sintiera lo mismo que yo. Me sentía exaltada: parecía una mezquindad tener miedo de algo. Después

de todo... ¿qué podía hacerme alguien contra mi voluntad? Supongo que estaba un poco enloquecida; el caso es que bajé del autobús en Piccadilly Circus, porque allí había mucha luz y excitación. Fui a pie hasta Leicester Square y entré en un gran teatro.

SRA. KNOX *(horrorizada).* - ¡En un teatro!

MARGARET. - Sí. Muchas mujeres van solas ahí. Tuve que pagar cinco chelines.

SRA. KNOX *(con espanto).* - ¡Cinco chelines!

MARGARET *(con aire de excusa).* - Mucho dinero, lo sé. Aquello era muy asfixiante; y la gente que estaba allí no me gustó gran cosa, porque no parecía divertirse; pero el escenario era espléndido y la música hermosa. Vi a ese francés, monsieur Duvallet, parado contra una balaustrada y fumando un cigarrillo. Parecía muy feliz y era agradable y con aire de marino. Me acerqué y me paré a su lado, confiando en que me hablara.

SRA. KNOX *(con voz entrecortada).* - ¡Margaret!

MARGARET *(continuando).* - Y me habló, como si me conociera desde hacía años. Nos entendimos como unos viejos amigos. Me preguntó si quería tomar un poco de champaña; y le contesté que eso le costaría demasiado, pero que me moría por bailar. Ansiaba unirme a la gente que estaba en el escenario y bailar con ella: una de las artistas era la bailarina más hermosa que yo haya visto. Monsieur Duvallet me dijo que había venido a verla y que, cuando concluyera la función, podríamos ir a algún sitio donde se bailara. De modo que fuimos a un lugar donde había una orquesta en una galería y una pista libre para la danza. Los bailarines eran muy pocos; las mujeres sólo querían lucir sus vestidos; pero bailamos sin cesar hasta que nos imitaron muchas de ellas. Terminamos por sentirnos imprudentes y, después de todo, bebimos champaña. Nunca me divertí tanto. Pero finalmente todo fue estropeado por los estudiantes de Oxford y Cambridge que iban a participar en las regatas. Se emborracharon y empezaron a romper cosas y acudió la policía. Entonces, aquello fue horrible. Los estudiantes se resistieron y la policía se volvió de pronto brutal y comenzó a arrojar a todo el mundo escaleras abajo. Atacaron a las mujeres, quienes no hacían nada, y las trataron con la misma brutalidad que a los estudiantes. Duvallet se indignó y le reprochó su actitud a un policía, quien empujaba a una mujer a pesar de que ésta se marchaba en silencio con toda la rapidez posible. El policía le hizo franquear con violencia el umbral y luego se volvió contra Duvallet. Fue entonces cuando Duvallet hizo girar su pierna como un molino de viento y

Librodot

derribó al agente. Al verlo, tres policías se arrojaron sobre él y lo sacaron de allí por los brazos y las piernas, con la cara hacia abajo. Otros dos me atacaron a mí y me empujaron hacia la puerta. Eso, me enloqueció por completo y le propiné un buen golpe en la boca a uno de ellos. Todo lo demás fue espantoso. Me arrastraron por las calles a la comisaría. Me propinaban rodillazos, me retorcían los brazos, me insultaban, me aplicaban epítetos infamantes; y yo, les decía lo que pensaba de ellos y los instigaba a hacer lo peor. Los golpes fuertes tienen una ventaja; le dan a uno sueño. Yo dormí en aquella sucia celda con todas las demás borrachas más profundamente que en mi propia casa. No puedo decirte cómo me sentí a la mañana siguiente: fue algo repulsivo; pero la policía estaba muy jovial y todos decían que se habían divertido a la inglesa y que las regatas del año pasado fueron mucho peores. Yo estaba amoratada y me sentía enferma y desdichada. Pero lo curioso era que no lamentaba aquello; y tampoco lo lamento ahora. Y, en realidad, no creo haber hecho nada de malo. *(Se levanta y estira los brazos, con un, ,aran suspiro liberador.)* Ahora que todo ha terminado, me siento bastante orgullosa de lo que hice; aunque ahora sé que no soy una dama; pero ignoro si eso se debe a que sólo somos unos tenderos o a que una mujer sólo es una dama cuando la tratan como a una dama. *(Se deja caer sobre un costado del sofá.)*

SRA. KNOX *(asombradísima).* -Pero ... ¿cómo pudiste hacer eso, Margaret? No te culpo: sólo quiero saberlo. ¿Cómo pudiste hacerlo?

MARGARET. -No podría decírtelo. Yo misma no lo comprendo. En cierto modo, aquel mitin religioso liberó mis impulsos. Yo no habría hecho eso si no hubiese tenido lugar esa reunión.

SRA. KNOX *(horrorizada en lo más íntimo).* - ¡Oh, no digas esas cosas! Sé que una plegaria puede liberarnos, aunque tú nunca me comprendiste cuando yo te lo decía: pero nos libera para el bien, no para el mal.

MARGARET. - Entonces, supongo que lo que hice no era malo; o que me liberaron tanto para el mal como para el bien. Como dice papá, no se puede tener ambas cosas a un tiempo. Cuando yo estaba en casa y en la escuela, era lo que ustedes llaman buena; pero no libre. Y cuando me liberé, fui lo que la mayoría de la gente no llamaría buena. Pero no veo nada de malo en lo que hice; aunque veo mucho de malo en lo que los demás me hicieron a mí.

SRA. KNOX. -Supongo que no te creerás una heroína romántica.

MARGARET. - ¡Oh, no! *(Se vuelve a sentar en el sofá.*) Soy una heroína de la realidad, si es que quieres llamarme heroína. Y la realidad es brutal, es sucia, cuando hay que afrontarla. De todos modos, es algo espléndido. ¡Es tan verdadera y satisfactoria!

SRA. KNOX. -No me gusta verte con ese espíritu, Margaret. No me gusta que me hables con ese tono.

MARGARET. - Es inútil, mamá. No por eso os quiero menos a ti y a papá; pero nunca volveré a hablar como antes. Puede decirse que bajé al infierno...

SRA. KNOX. - ¡Margaret! ¡Qué palabra!

MARGARET. - Es una lástima que no hayas oído todas las palabras que volaban allí esa noche. Deberías mezclarte con la gente que no conoce otras ... Pero cuando dije que había bajado al infierno no blasfemé... Hablé en serio, como un predicador.

SRA. KNOX. - Un predicador dice esas palabras con tono reverente.

MARGARET. - Lo sé: el tono que prueba que no sig-

nifican algo real para él. Tampoco lo eran para mí. Ahora, el infierno me parece tan real como un nabo; y supongo que siempre hablo de él así. El caso es que he estado allá; y ahora, me parece que lo único que vale la pena de hacer es rescatar a la gente que está ahí.

SRA. KNOX. - Ya quedan rescatados si optan por creer en él.

MARGARET. -¿De qué sirve eso si optan por no

`` creer en él? Tú misma no crees en el infierno; de lo contrario, no les pagarías a los policías para que les retorcieran los brazos. ¿A qué fingir? Esa es toda nuestra respetabilidad: fingir, fingir, fingir! ¡Gracias a Dios, ya me he liberado de todo eso!

SRA. KNOX *(con gran agitación).* - Margaret, no digas eso. Me resulta insoportable oírte hablar de una manera tan perversa. Vaya y pase que una oiga a los niños cuando hablan, inútil y estúpidamente, el idioma de este mundo. Pero cuando te oigo justificar tu maldad con las palabras de la gracia, eso ya es demasiado horrible: parecería que el diablo se burla de la religión. Confié en que descubrirías que la felicidad está en nosotros y no proviene de los placeres externos. He orado más a menudo de lo que supones para que se hiciera la luz en tu alma. Pero si todas mis esperanzas y plegarias deben terminar así para que mezcles mis palabras y pensamientos con las exhortaciones del diablo, no sé

qué haré: no lo sé, de veras: eso me causará la muerte.

MARGARET. - No debiste orar para que se hiciera la luz en mi alma si en realidad no lo deseabas. Sospecho que, en el fondo, todos queremos que nuestras plegarias sólo se vean satisfechas por mitades: las mitades agradables. Tu plegaria no fue satisfecha a medias, mamá. Conseguiste más de lo que pedías en materia de luz. Nunca volveré ya a ser la misma. Nunca volveré a hablar como antes. Me han liberado de la estúpida madriguera que es esta casa y de todas sus mentiras. Ahora, sé que soy más fuerte que tú y que papá. No he encontrado esa felicidad tuya que está dentro de uno mismo; pero he encontrado la fuerza. Para bien o para mal, ya soy libre; y ninguna de las cosas que antes me sujetaban podrá retenerme ahora. *(Knox vuelve, no pudiendo contener su ansiedad por saber.)*

KNOX. - ¿Hasta cuándo me tendrás esperando, Amelia? ¿Crees que soy de hierro? ¿Qué ha hecho esta muchacha? ¿Qué haremos?

SRA. KNOX. - Meg está fuera de mi dominio, Jo, y del tuyo. Ahora, ni siquiera puedo rezar por ella; porque no sé muy bien qué debo pedir en mis plegarias.

KNOX. - No digas tonterías, mujer. ¿Es esta hora de rezar? ¿Lo sabe alguien? Es lo que debemos discutir ahora. Si podemos conservarlo en secreto, no me importa nada más.

MARGARET. - No confíes en eso, papá. Piensa en que se lo diré a todo el mundo. Hay que decirlo.

KNOX. -Cállate, joven bribona: o te irás de mi casa inmediatamente.

MARGARET. - Estoy pronta a irme. *(Toma el sombrero y se vuelve hacia la puerta.)*

KNOX *(cerrándole el paso).* - ¡Eh! ¿Adónde vas?

SRA. KNOX. - ¡No debes echarla, Jo! Si se va, me iré con ella.

KNOX. - ¿Quién quiere echarla? Pero... ¿ha de llevarnos a la ruina? ¿Para que todos se enteren de su deshonra y su vergüenza? ¿Para hacerme caer de la posición que he creado para mí y para ti después de cuarenta años de dura lucha?

MARGARET. - Sí. Lo destruiré todo. Eso se interpone entre nosotros y todo lo demás. Se lo diré a todos.

KNOX. - Magsy, hija mía: no destruyas el resto de mi vida. Hay una sola cosa que me importa en el mundo: que esto no se sepa. Soy tu padre. Te pido de rodillas. .. , postrado en el polvo, por así decirlo ... que no lo divulgues.

MARGARET. - Se lo diré a todos.

(Knox se desploma, desesperado. La señora Knox trata de rezar y no puede. Margaret permanece de pie, inmóvil e inflexible.)

ACTO III

La acción transcurre nuevamente en el comedor de los Gilbey. De tarde. La mesa no está puesta: la cubre una carpeta común, con pluma y tinta, un devocionario y libros escolares. En el sillón está Bobby Gilbey, acurrucado junto al fuego, leyendo una revista ilustrada. Es un joven bien parecido, de donaire propio de la zona suburbana, vigoroso y bastante varonil, pero falto de educación y poco satisfactorio. Sus progenitores han creído que la coacción doméstica es lo que ellos llaman "educación". Bobby no ha aprendido nada con ello, salvo la costumbre de eludirla mediante el engaño.
Se levanta para tocar el timbre. Luego, vuelve al sillón. Acude Juggins al llamado.

BOBBY. - Juggins.
JUGGINS. - ¿Señor?
BOBBY *(sarcástico y malhumorado).* - ¡Al diablo con lo de señor!
JUGGINS *(jovialmente).* - Al diablo no, señor.
BOBBY. -Soy un presidiario y usted es un hombre respetable.
JUGGINS. - Eso no importa, señor. Su padre me paga para que yo lo llame señor; y como recibo el dinero, cumplo con mi parte del trato.
BOBBY. - ¿Me llamaría usted señor si no le pagaran para eso?
JUGGINS. No, señor.
BOBBY. - Le he estado hablando a Dora de usted.
JUGGINS. - ¿De veras, señor?
BOBBY. - Dora dice que usted no puede llamarse Juggins y que tiene los modales de un caballero. Yo creí siempre que usted no tenía modales. De todos modos, sus modales son distintos de los de un caballero de mi círculo.
JUGGINS. - Sí que lo son, señor.

BOBBY. - Supongo que usted no se siente dispuesto a mostrarse comunicativo sobre la idea de Dora.

JUGGINS. -No, señor.

BOBBY *(tirando el papel al suelo y alzando las rodillas sobre el brazo del sillón para volverse hacia el lacayo).* - En parte, el trato consistía en que usted hiciera un poco el valet conmigo..., ¿verdad?

JUGGINS. - Sí, señor.

BOBBY. - Bueno ... ¿Puede indicarme la manera adecuada de zafarse de un noviazgo sin correr el peligro de un pleito por quebrantamiento de promesa matrimonial?

JUGGINS. -No, señor. Uno no puede librarse de un noviazgo sin exponerse al pleito si la dama quiere que le paguen por su decepción.

BOBBY. - Pero ella no sería feliz casándose conmigo si no la quiero realmente.

JUGGINS. - Las mujeres no siempre se casan para ser felices, señor. A menudo, lo hacen porque quieren ser casadas y no solteronas.

BOBBY. - Entonces... ¿qué debo hacer?

JUGGINS. - Cásela, señor, o afronte las consecuencias.

BOBBY *(levantándose de un salto).* - Pues no me casaré con ella: lo digo de una manera categórica. ¿Qué haría usted en mi lugar?

JUGGINS. - Le diría a la muchacha que he descubierto que no puedo cumplir lo prometido.

BOBBY. - Pero usted tendría que buscar alguna excusa..., ¿comprende? Quiero darle al asunto un giro caballeresco: decir que no soy digno de ella o algo así.

JUGGINS. - Eso no es un giro caballeresco. Todo lo contrario.

BOBBY. - No lo veo así. ¿Quiere usted decir que eso no es exactamente cierto?

JUGGINS. - No del todo, señor.

BOBBY. - Podría decir que ninguna otra muchacha será jamás para mí lo que ha sido ella. Eso sería muy cierto, ya que nuestras circunstancias han sido más bien excepcionales; y ella se imaginará que la quiero más de lo que podría querer a cualquier otra. Un caballero debe pensar en los sentimientos de una muchacha, Juggins ...

JUGGINS. - Si no quiere herir sus sentimientos, señor, puede casarse con ella. Si los hiere negándose, más vale que no trate de mostrarse considerado fingiendo que los

respeta. Eso no le gustará a ella. Y provocará una discusión de la cual usted sacará la peor parte.

BOBBY. - Pero yo no soy realmente digno de ella..., ¿sabe?

JUGGINS. - Es probable que ella nunca haya creído que usted lo sea, señor.

BOBBY. - ¡Oh... ! Usted es un pesimista, Juggins.

JUGGINS *(disponiéndose a marcharse).* -¿Algo más, señor?

BOBBY *(quejumbroso).* - Usted no me ha sido muy útil. *(Se pasea con desconsuelo por la habitación.)* Me ha sugerido, por lo general, la manera correcta de hacer las cosas.

JUGGINS. -Le aseguro, señor, que no hay una manera correcta de dar calabazas. Eso es algo incorrecto en sí mismo.

BOBBY *(esperanzado).* - Mire: le diré a esa muchacha que no puedo retenerla en un noviazgo con un hombre que ha estado en la cárcel. Eso me permitirá liquidar el asunto. *(Se sienta a la mesa, aliviado y confiado en sí mismo.)*

JUGGINS. - Eso es muy peligroso, señor. Ninguna mujer se negará el lujo romántico de la abnegación y el perdón cuando adoptan la forma de algo agradable. Dirá casi con seguridad que la desgracia de usted lo acerca más a ella.

BOBBY. - ¡Qué fastidio! No sé qué hacer. ¿Sabe una cosa, Juggins? Su fría y simple manera de hacerlo no daría resultado en Denmark Hill.

JUGGINS. -Me atrevo a decir que no, señor. Sin duda, usted prefiere darle el aspecto de un acto suyo de abnegación en bien de ella o incitarla a romper ella misma el compromiso. Ambos planes han sido ensayados repetidas veces, pero nunca con éxito, que yo sepa.

BOBBY. - Tiene usted una manera endiablada de plantear la situación. En mi clase social, hay que disfrazar un poco las cosas. Denmark Hill no es Camberwell..., ¿comprende?

JUGGINS. - He notado, señor, que Denmark Hill cree que cuanto más se sube en la escala social menor es la sinceridad que se permite y que sólo los vagabundos y la morralla son sinceros. Eso es un error. Los vagabundos son a menudo desvergonzados; pero nunca sinceros. Los distinguidos -si me permite usar esa adecuada calificación para las clases altas- juegan mucho más con las cartas sobre la mesa. Si usted le dice a esa joven dama que quiere dejarla plantada y ella le responde que usted es un cerdo, el tono

de la transacción quizás deje mucho que desear; pero será menos propio de Camberwell que si usted dice que no es digno de ella.

BOBBY. - ¡Oh ... ! No puedo hacérselo comprender, Juggins. La muchacha no es una fregona. Quiero hacerlo con delicadeza.

JUGGINS. - Eso es un error, señor, perdóneme que se lo diga, si uno no es un artista nato en ese terreno ... Disculpe, señor, pero creó oír el timbre. *(Sale.)*

(Bobby, muy perplejo, se mete las manos en los bolsillos y se aleja de la mesa, con aire de desconsuelo y la mirada fija en el vacío: luego, vuelve de mala gana a sus libros y se sienta a escribir. Juggins regresa.)

JUGGINS *(anunciando).* - La señorita Knox.

(Entra Margaret. Juggins se retira.)

MARGARET. -¿Estudiando aún penosamente para ese examen de la Sociedad de las Artes, Bobby? Nunca lo aprobarás.

BOBBY (levantándose). - No: sólo te escribía.

MARGARET. - ¿Sobre qué?

BOBBY. - ¡Oh!, nada. Por lo menos ... ¿Cómo estás?

MARGARET *(yendo hasta el otro extremo de la mesa y dejando sobre ella un ejemplar del Semanario del Lloyd y su bolso).* -Muy bien, gracias. ¿Te divirtió Brighton?

BOBBY. - ¡Brighton! Yo no estuve en... ¡Oh!, sí, desde luego. ¡Oh, muy bien! ¿Está bien tu tía?

MARGARET. - ¡Mi tía! Supongo que sí. No la veo desde hace un mes.

BOBBY. - Creí que estabas con ella.

MARGARET. - ¡Ah! ¿Fue eso lo que te dijeron?

BOBBY. - Sí. ¿Por qué? ¿No era así?

MARGARET. -No. Tengo algo que decirte. Siéntate ponte cómodo.

(Se sienta sobre el borde de la mesa. Él se sienta a su lado y ciñe con laxitud su talle con el brazo.)

MARGARET. -No tienes por qué hacer eso si no te gusta, Bobby. Supongamos que dejemos de cumplir con nuestro deber por hoy, nada más que para ver qué sensación se experimenta así.

BOBBY. - ¿Que no cumplamos con nuestro deber? ¿Qué quieres decir?

MARGARET. - Sabes muy bien a qué me refiero, Bobby. ¿Te importé alguna vez un poquito en ese sentido? No tengas miedo de contestar: a mí no me importas tú... en ese sentido.

BOBBY *(retirando su brazo, con cierto malhumor).* -Perdóname, pero creí que te importaba.

MARGARET. - ¿De veras? ¡Vamos! No seas mezquino. Yo he confesado. Puedes endosármelo todo a mí, si quieres, pero no creo que te importe más que a mí.

BOBBY. - Quieres decir que son más bien nuestros padres los que nos han metido en esto.

MARGARET. - Sí.

BOBBY. - Bueno, te diré. No es precisamente que yo no tenga afecto. En realidad, ninguna muchacha podría ser jamás exactamente lo que eres tú para mí; pero nos han criado tan juntos que nos sentimos más bien como un hermano y una hermana que... Bueno... Que lo otro. . ., ¿no es así?

MARGARET. -Eso es. ¿Cómo notaste la diferencia?

BOBBY *(sonrojándose).* - ¡Vaya!

MARGARET. -Yo, lo descubrí gracias a un francés.

BOBBY. - ¡Oh! *(Se aparta de la mesa, consternado.)*

MARGARET. - ¿Lo descubriste tú gracias a una francesa? Debes de haberlo sabido por alguien. . ., ¿comprendes?

BOBBY. - No fue una francesa. Era una excelente mujer. Pero ha sido bastante desdichada. La hija de un sacerdote.

MARGARET *(con un sobresalto).* - ¡Oh, Bobby! ¡Una mujer de esas!

BOBBY. - ¿Qué quieres decir?

MARGARET. -Tú no creerás realmente que era la hija de un sacerdote..., ¿verdad, tonto? Eso es una broma muy trillada.

BOBBY. - ¿Quieres decir que no me crees?

MARGARET. -No: quiero decir que no le creo a ella.

BOBBY *(con curiosidad e interés, volviendo a sentarse a su lado).* - ¿Qué sabes de ella? ¿Qué sabes de todas esas cosas?

MARGARET. - ¿Qué cosas, Bobby?

BOBBY. -Bueno. Me refiero a la vida.

MARGARET. - He vivido mucho desde que te vi por última vez. No estuve en casa de mi tía. Durante todo el tiempo que pasaste en Brighton, quiero decir.

BOBBY. - Yo no estuve en Brighton, Meg. Más vale que te lo diga, porque tendrás que descubrirlo tarde o temprano. *(Comienza su confesión humildemente, rehuyendo la mirada de la joven.)* Meg, es espantoso; me considerarás despreciable. He estado en la cárcel.

MARGARET. - ¡Tú!

BOBBY. -Sí, yo. Por ebriedad y agresión a la policía.

MARGARET. - ¿Quieres decir con eso que tú ... ? ¡Oh, qué desencanto para mí...! *(Se aleja de la mesa y se desploma, desconsolada, en una silla ubicada junto al extremo de ésta, lejos del hogar.)*

BOBBY. - Desde luego, yo no podría obligarte a cumplir tu compromiso después de eso. Te estaba escribiendo para romper. *(Va lentamente hacia el hogar.)* Debes creerme un individuo detestable.

MARGARET. - ¡Oh ... ! ¿Ha estado todo el mundo en la cárcel por ebriedad y agresión a la policía? ¿Cuánto tiempo te tuvieron arrestado?

BOBBY. - Quince días.

MARGARET. Lo mismo que a mí.

BOBBY. -¿A qué te refieres? ¿A ti? ¿Dónde?

MARGARET. - En la cárcel.

BOBBY. - Pero estoy hablando en serio: no bromeo.

De veras que...

MARGARET. - ¿Qué le hiciste al agente?

BOBBY. - Nada, absolutamente nada. Exageró de una manera grosera. Sólo me reí de él.

MARGARET *(se levanta de un salto, triunfalmente*). -Te he ganado. Le hice saltar los dientes. Me queda uno de ellos. Me lo vendió por diez chelines.

BOBBY. - Vamos, basta de disparatar, Meg. Te digo que hablo en serio. *(Se sienta en el sillón, bastante malhumorado.)*

MARGARET *(tomando el ejemplar del semanario del Lloyd y acercándosele).* -Y yo, te digo que también hablo en serio. Aquí hay una información sobre el asunto. Los

periódicos cotidianos no sirven para nada; pero los de los domingos son espléndidos. *(Se sienta sobre el brazo del sillón.)* ¡Mira! *(Leyendo.)* "Delincuente encallecida a los dieciocho. Una muchacha sobriamente vestida, de aspecto respetable, que se niega a dar su nombre. .. " Esa soy yo.

BOBBY *(haciendo una pausa en su examen de la información).* - ¿Quieres decir que te desataste por simple travesura?

MARGARET. -No le hice mal a nadie. Fui a ver un lindo baile. Atrapé a un hombre guapo y bailé yo misma. No puedo imaginar nada más inocente ni feliz. Todo lo malo estuvo a cargo de los demás: lo hicieron por mera maldad, si prefieres decirlo así. De todos modos, somos dos ex presidiarios, Bobby, estamos deshonrados para siempre. ¿Verdad que es un alivio?

BOBBY *(levantándose, ceremoniosamente).* -Pero cuando se trata de una muchacha no es lo mismo... , ¿sabes? Un hombre puede hacer cosas que no puede hacer una muchacha. *(Se para sobre la alfombra del hogar, de espaldas a la lumbre.)*

MARGARET. - ¿Estás escandalizado, Bobby?

BOBBY. - No esperarás que lo apruebe..., ¿verdad, Meg? Nunca creí que fueras una muchacha de esas.

MARGARET *(levantándose, indignada).* - No lo soy. No supondrás que yo soy la hija de un sacerdote, Bobby.

BOBBY. -Por favor, no bromees con eso. No olvides el enredo en que te viste por haber insinuado que admirabas a Juggins. *(Le vuelve rápidamente la espalda.)* ¡Un lacayo! ¿Y qué hay del francés?

MARGARET *(volviendo a enfrentarlo).* - No sé nada sobre el francés, salvo que es muy gallardo y que sabe hacer girar una pierna como si fuera la manecilla de un reloj y derribar a un policía con ella. Estuvo en Wormwood Scrubbs contigo. Yo, estuve en Holloway.

BOBBY. -Hablas como si el asunto fuera una bagatela, pero eso es un poco desagradable. .., ¿sabes?

MARGARET. ¿Crees que no podrías casarte con una mujer que ha estado en la cárcel?

BOBBY *(precipitadamente).* - No, no he dicho eso. Eso hasta podría darle a una mujer mayores derechos sobre un hombre. Cualquier muchacha, si es atolondrada, puede verse

complicada en un tumulto. Todo aquel que comprendiese realmente su carácter vería que eso no tiene nada de malo. Pero tú no eres una de esas muchachas que son amigas de las francachelas. Por lo menos, no lo eras.

MARGARET. - No lo soy, ni lo seré nunca. *(Va hacia él.)* No lo hice en busca de parranda, Bob; sino porque eso surgía de lo más profundo de mi temperamento. Lo hice porque soy así. Lo hice en uno de mis accesos religiosos. Estoy encallecida a los dieciocho, como dicen ellos. Bueno... ¿Qué opinas ahora sobre nuestro casamiento?

BOBBY. - Pues ... que no creo que me puedas obligar razonablemente a él, Meg. Desde luego, sería ridículo que me mostrara escandalizado o algo así. No puedo arrojarle piedras a nadie; ni pretendo hacerlo. Puedo comprender una parranda; puedo perdonar un traspié; con tal de que se entienda que sólo se trata de una parranda o un traspié. Pero desatarse desde el principio, hablar de religión en vinculación con eso y.. . Bueno, Meg; eso, debo decírtelo, me parece algo torpe. Supongo que no lo dirás en serio cuando hablas así.

MARGARET. - Bobby: no eres bueno. Bueno conmigo, por lo menos.

BOBBY *(enojado).* -Lo siento, señorita Knox.

MARGARET. - Adiós, señor Gilbey. *(Gira sobre sus talones y va al otro extremo de la mesa.)* Supongo que no querrás presentarme a la hija del sacerdote.

BOBBY. -No creo que a ella le guste. Después de todo, hay límites. *(Se sienta junto a la mesa, como para reanudar el trabajo con sus libros: una insinuación para que ella se vaya.)*

MARGARET *(mientras va hacia la puerta).* - Toca el timbre, Bobby y díle a Juggins que me eche.

BOBBY *(sonrojándose).* -No soy un patán, Meg.

MARGARET *(acercándose a la mesa).* - Entonces, haz algo bueno para que esto no nos cause resentimiento. Más vale que me beses. No necesitas volver a hacerlo jamás.

BOBBY. - Si no sirvo para nada, no veo qué placer te ha de procurar eso.

MARGARET. - ¡Oh, no será un placer! Si yo quisiera lo que llamas placer, le pediría al francés que me besara... o a Juggins.

BOBBY *(levantándose y retrocediendo hacia el hogar).* - ¡Oh, no seas repulsiva, Meg! No seas ruin.

MARGARET *(con decisión, disponiéndose a usar de la fuerza).* - Ahora, te obligaré a besarme. Nada más que para castigarte. *(Lo aferra de las muñecas, le hace perder el equilibrio y le ciñe el cuello con el brazo.)*

BOBBY. - No. Basta. Suéltame, te digo.

(Juggins aparece en la puerta.)

JUGGINS. - La señorita Delaney, señor. *(Entra Dora. Juggins sale. Margaret suelta precipitadamente a Bobby y se va al otro extremo de la habitación.)*

DORA *(en el umbral, a Juggins, que se va).* -¡Vaya un hombre que me hace pasar cuando hay otras personas! *(A Margaret y a Bobby.)* No se preocupe, querida, no te preocupes, viejo: esperaré en la antecocina de Juggins a que hayan terminado.

MARGARET. - ¿No me reconoce?

DORA *(yendo al centro de la habitación y contemplándola muy atentamente).* - ¡Caramba! Pero... ¡si es la número 406!

MARGARET. - La misma.

DORA. - Nunca la habría reconocido sin el uniforme. ¿Cómo salió de ahí? ¿No estaba cumpliendo un mes?

MARGARET. -Mi tipo pagó mi multa el día en que salió.

DORA. - ¡Lo que se llama un caballero! *(Señalando a Bobby, quien mira boquiabierto.)* ¡Mírelo! No lo puede creer.

BOBBY. - Supongo que la habrás conocido en la cárcel, Meg. Pero cuando ya nos ponemos a hablar de tipos y de todas esas cosas... ¡Vaya, vaya!

MARGARET. - ¡Oh ... ! He aprendido el idioma; y me gusta. Es otra valla que cae.

BOBBY. -No se trata del idioma, Meg. Pero creo que... *(Mira a Dora y se interrumpe.)*

MARGARET *(repentinamente peligrosa).* ¿Qué insinúas, Bobby?

DORA. - Insinúa que usted no debe estar tan a sus anchas conmigo, querida. Eso lo honra; siempre ha sido un caballero, como usted sabe.

BOBBY. -No dije que lo fuese.

MARGARET. - Pues bien: niega que lo haya sido.

BOBBY. -No. Yo no lo habría dicho en presencia de Dora; pero creo que no es lo mismo que la conozca yo y que la conozcas tú.

DORA. -Claro que no lo es, viejo. *(A Margaret.)* Haré una escapada y volveré dentro de

media hora. Ustedes pueden entenderse. Yo, en realidad, no soy una compañía adecuada para ambos, querida: no podría vivir a su altura. *(Se vuelve tiara irse.)*

MARGARET. - Basta. ¿Cree usted que Bobby podría vivir en armonía conmigo?

DORA. - Bueno... Por mi parte, nunca diré nada que pueda interponerse entre una muchacha y un casamiento respetable, o que le impida a un joven decente establecerse. Tengo una conciencia, aunque quizás no sea tan exigente como algunos.. .

MARGARET. - Usted me parece una persona muy decente y Bobby se está portando como un zorrino.

BOBBY *(muy irritado).* - ¡Linda manera de hablar!

DORA. - Querida, los hombres tienen que hacer cosas muy malas para mantener su respetabilidad. Pero una no puede culparlos por ello. .. , ¿no le parece? Encontré a Bobby paseándose con su madre y, naturalmente, me rehuyó. No voy a afirmar que eso me gustó, pero ... ¿qué podía hacer el pobre?

MARGARET. - Y ahora, Bobby quiere que yo la rehúya a usted para mantenerlo sereno. Pues no lo haré: aunque toda mi familia esté ahí. Pero lo voy a rehuir a él si no me trata como es debido. *(A Bobby, dando un paso hacia él con aire amenazador.)* Yo te educaré, joven estúpido.

BOBBY *(furioso, saliéndole al paso).* - ¿A quién llamas joven estúpido?

MARGARET. - A ti.

DORA *(con ánimo conciliador).* - ¡Vamos, queridos míos!

BOBBY. - Si no andas con cuidado, recibirás unos Henos golpes en esa cabezota.

MARGARET. - Si no andas con cuidado, el diente del ¡- licía será el comienzo de una colección.

DORA. - Vamos, tesoros. Sean buenos.

(Bobby, perdiendo todo sentido de dignidad adulta, le saca la lengua a Margaret. Margaret, igualmente furiosa, le propina en la estirada mejilla una bofetada. .Él se abalanza sobre ella. Luchan.)

BOBBY. - ¡Gata! Yo te daré una lección.

MARGARET. - ¡Cerdo! ¡Bestia! *(Lo obliga a retroceder hacia la mesa.)* Bueno... ¿Dónde estás ahora?

DORA *(llamando).* - ¡Juggins, Juggins! Se están matando.

JUGGINS *(abriendo la puerta, anuncia).* - Monsieur Duvallet.

(Entra Duvallet. Repentina cesación de las hostilidades y silencio de muerte. Los combatientes son separados por todo el ancho de la habitación. Juggins se retira.)

DUVALLET. - Temo molestarles.

MARGARET. - En absoluto. Bobby: eres realmente un estúpido: Monsieur Duvallet creerá que siempre estoy peleando.

DUVALLET. - Practicando jiujitsu o la nueva lucha islandesa. Admirable, señorita Knox. La atlética joven inglesa es un ejemplo para toda Europa. *(Indicando a Bobby.)* Su instructor, sin duda. Monsieur... *(Se inclina.)*

BOBBY *(inclinándose torpemente).* - ¿Cómo está usted?

MARGARET *(a Bobby).* - ¡Cuanto lo siento, Bobby! Le pedí a Monsieur Duvallet que me visitara aquí y olvidé decírtelo. *(Presentando:)* Monsieur Duvallet: la señorita 407. El señor Bobby Gilbey. *(Duvallet se inclina.)* Realmente, no sé cómo explicar nuestras relaciones. Bobby y yo somos como hermanos.

DUVALLET. -Perfectamente. Lo he notado.

MARGARET. - Bobby y la señorita ... la señorita...

DORA. - Delaney querida. *(A Duvallet, con aire hechicero.)* Querida Dora, para los verdaderos amigos.

MARGARET. - Bobby y Dora son ... son. .. , bueno, no son hermano y hermana.

DUVALLET *(con acrecentada comprensión).* - Perfectamente.

MARGARET. - Bobby ha pasado los quince últimos
días en la cárcel. A usted no le importa eso... , ¿verdad?

DUVALLET. - No, naturalmente. Yo también los he pasado allí.

(La conversación decae. Margaret la renueva, con un esfuerzo.)

MARGARET. - Dora ha pasado los quince últimos días en la cárcel.

DUVALLET. - Muy bien. Felicito a Mademoiselle por su liberación.

DORA. - Trop merci, como dicen en Boulogne. No hay razón para ser ceremoniosos entre nosotros. .. , ¿verdad?

(Juggins entra.)

JUGGINS. - Perdone usted, señor. El señor y la señora Gilbey vienen calle arriba.

DORA. - Permítanme desaparecer. *(Va hacia la puerta.)*

JUGGINS. - Si quiere marcharse sin que la vean, más vale que entre a mi antecocina y se vaya luego.

DORA. - ¡Magnífico! *(Empieza a cantar.)* Ocúltame y ponme a salvo si pasa el policía. Entona la vieja música de ayer al acercarse sus pasos.

(Sale en puntas de pie.)

MARGARET. - No me quedaré aquí si ella tiene que esconderse. Le haré compañía en la antecocina. *(Sigue a Dora.)*

BOBBY. -Vámonos todos. No podremos divertirnos si mamá está aquí. Oiga, Juggins ... Usted puede darnos el té en la antecocina. .. , ¿verdad?

JUGGINS. - Claro que sí, señor.

BOBBY. -Bien. No le diga nada a mi madre. A usted no le importa, señor Duvallet..., ¿verdad?

DUVALLET. - Me sentiré encantado.

BOBBY. - Bueno. Venga. *(En el umbral.)* A propósito, Juggins ... Tráigame esa concertina de mi cuarto. .. , ¿quiere?

JUGGINS. - Sí, señor. *(Bobby sale. Duvallet lo sigue hasta la puerta.)* ¿Comprende usted, señor, que la señorita Knox es una dama absolutamente comme il faut?

DUVALLET. - Sí. Pero... ¿y la otra?

JUGGINS. -La otra, señor, puede ser calificada, en el idioma natal de usted, a un tiempo con una intención caritativa y exacta, de hija de la alegría.

DUVALLET. - Es lo que me imaginaba. Esas intimidades domésticas inglesas son muy interesantes. *(Sale, seguido por Juggins.)*

(A poco, entran el señor y la señora Gilbey. Ocupan sus lugares de costumbre: él sobre la alfombra del hogar, ella junto al extremo más frío de la mesa.)

SRA. GILBEY. - ¿Husmeaste el rastro en el vestíbulo, Rob?

GILBEY. -No. Y no quiero husmearlo. No busques dificultades, María.

SRA. GILBEY *(husmeando la perfumada atmósfera).*-Ella ha estado aquí. *(Gilbey toca el timbre.)* ¿Por qué llamas? ¿Vas a preguntarlo?

GILBEY. - No, no lo preguntaré. Juggins dijo esta mañana que quería hablarme. Si quiere decirlo, que lo haga; pero no se lo preguntaré; y tampoco lo hagas tú. *(Juggins aparece en la puerta.)* Dijo usted que quería comunicarme algo.

JUGGINS. -Cuando le resulte cómodo escucharme, señor.

GILBEY. -Bueno. ¿De qué se trata?

SRA. GILBEY. - ¡Oh, Juggins! Estamos esperando al señor y la señora Knox para el té.

GILBEY. - Él lo sabe. *(Se sienta. Luego, a Juggins.)* ¿Qué sucede?

JUGGINS *(adelantándose hasta la parte media de la mesa).* - Si ello no le molesta, señor, quiero comunicarle que, dentro de un mes, dejaré este empleo.

GILBEY *(tomado de sorpresa).* - ¡Cómo! ¿Por qué? ¿No está satisfecho?

JUGGINS. - Muy satisfecho, señor. No es que quiera mejorar mi situación, se lo aseguro.

GILBEY. - Entonces... ¿por qué quiere irse? ¿Para empeorarla?

JUGGINS. - No, señor. Me han tratado muy bien en su comodísima casa y me sentiría consternado si usted o la señora Gilbey interpretaran mi renuncia como una muestra de insatisfacción.

GILBEY *(paternal).* - Escúcheme, Juggins. Soy más viejo que usted. No tire su agua sucia antes de haber conseguido otra limpia. No crezca demasiado para sus botas. Usted es como todos los criados de hoy día: cree que le basta con levantar un dedo para poder elegir entre media docena de empleos. Pero en ninguna parte lo tratarán como lo tratamos aquí. En cama todas las noches antes de las once; rara vez llaman a la puerta, salvo el día de la señora Gilbey, una vez por mes; y ningún otro criado lo molesta para nada. Quizás esto sea un poco silencioso; pero a usted se le ha pasado ya la edad de las aventuras. Siga mi consejo; piénselo. Usted me conviene; y yo estoy dispuesto a lograr que el empleo le convenga a usted si no está conforme... dentro de lo razonable, se entiende.

JUGGINS. - Advierto mis ventajas, señor; pero tengo motivos privados ...

GILBEY *(interrumpiéndolo secamente, y retirándose hacia la alfombra del hogar, muy enojado).* - ¡Ah!, ya lo sé. Perfectamente: váyase. Cuanto antes, mejor.

SRA. GILBEY. - ¡Oh!, no antes de que consigamos a otro. Debe quedarse su mes.

GILBEY *(sarcástico).* - ¿Quieres que Juggins pierda su carácter, María? ¿Crees que no comprendo de qué se trata? Ahora, somos gente carcelaria. Hemos estado en el tribunal de policía. *(A Juggins.)* Bueno, supongo que usted sabrá mejor lo que le conviene. Acepto su notificación de que se irá dentro de un mes: puede irse cuando haya concluido ese período, o antes, si quiere.

JUGGINS. -Créame, señor...

GILBEY. - Basta: no quiero excusas. No lo culpo. Ahora, puede irse abajo, si no tiene otra cosa de que hablarme.

JUGGINS. -Realmente, no me es posible dejar las cosas así, señor. Le aseguro que no tengo nada que objetarle a la circunstancia de que el joven señor Gilbey haya estado en la cárcel. Usted mismo podría estar seis meses en ella, señor, y sería bienvenido, sin un reproche de mi parte. Sólo me marcho porque mi hermano, que está de duelo y se siente solo, me ha rogado que pase unos meses con él hasta que haya logrado sobreponerse a la pérdida que lo aqueja.

GILBEY. - ¡Y necesita conservarlo a su lado durante todo ese tiempo? ¿O se propone usted gastar todos sus ahorros para consolarlo? Tenga más sentido común, hombre. ¿Puede usted permitirse eso?

JUGGINS. - Mi hermano está en condiciones de mantenerme, señor. Lo cierto es que le molesta que yo trabaje como criado.

GILBEY. - ¿Hay algún motivo para que usted deba depender de él? No haga eso, Juggins: gánesela vida por su cuenta como un mozo honrado; y no coma el pan de su hermano mientras esté en condiciones de ganárselo usted.

JUGGINS. - Eso que me dice es muy sensato, señor. Pero, por desgracia, en mi familia hay una tradición de que los hermanos menores deben depender en grado considerable de los mayores.

GILBEY. - Pues cuanto antes se rompa esa tradición, mejor, amigo mío.

JUGGINS. - Un sentimiento radical, señor. Pero excelente.

GILBEY. - ¡Radical! ¿Qué quiere usted decir? No empiece a tomarse libertades, Juggins, ahora que sabe que nos duele perderlo. Su hermano no es un duque..., ¿sabe?

JUGGINS. - Por desgracia lo es, señor.

GILBEY. *(juntos)* -¡Cómo!

SRA. GILBEY. - ¡Juggins!

JUGGINS. -Discúlpeme, señor: el timbre. *(Sale.)*

GILBEY *(abrumado).* -María. ¿Le oíste decir que su hermano es un duque?

SRA. GILBEY. - ¡Quizás se digne! Si le ofrecieras aumentarle el sueldo y tratarlo como a una persona de la familia, se quedaría.

GILBEY. -¡Y que mi propio criado sea superior a mí! No, por cierto. ¿Adónde va a parar

el mundo? Está Bobby y...

JUGGINS *(entra y anuncia).* - El señor y la señora Knox.

(Entran los Knox. Juggins toma dos sillas adosadas a la pared y las coloca junto a la mesa, entre ambos anfitriones. Luego, se retira.)

SRA. GILBEY *(a la señora Knox).* - ¿Cómo está, querida?

SRA. KNOX. - Muy bien, gracias. Buenas noches, señor Gilbey. *(Se estrechan la mano y ella se sienta en la silla más próxima a la señora Gilbey. El señor Knox ocupa la otra.)*

GILBEY. -Yo acababa de decir, Knox ... ¿Adónde va a parar el mundo?

KNOX *(recurriendo a su esposa).* - ¿Qué te decía yo esta mañana, sin ir más lejos?

SRA. KNOX. - Vivimos en tiempos extraños. Nunca fui de los que hablan del fin del mundo, pero ... ¡miren las cosas que han ocurrido!

KNOX. - ¡Terremotos!

GILBEY. - ¡San Francisco!

SRA. GILBEY. - ¡Jamaica!

KNOX. - ¡Martinica!

GILBEY. - ¡Messina!

SRA. GILBEY. - ¡La peste en China!

SRA. KNOX. -¡Las inundaciones en Francia!

GILBEY. - ¡Mi Bobby en Wormwood Scrubbs!

KNOX. - ¡Margaret en Holloway!

GILBEY. - ¡Y ahora, mi lacayo me dice que su hermano es un duque!

KNOX ¡No!

SRA. KNOX. -¿Qué significa eso?

GILBEY. - Fue precisamente antes de que él los hiciera entrar. ¡Un duque! Aquí, todo ha sido respetable desde el principio del mundo, podría decirse, hasta hoy; y ahora, de pronto, todo queda trastornado.

SRA. KNOX. - Es como en el libro del Apocalipsis. Pero yo creo que, cuando la gente lleva la felicidad en sí misma, todos los terremotos, todas las inundaciones y todas las cárceles del mundo no pueden hacerla realmente desdichada.

KNOX. - No sólo se trata de las cosas curiosas que están sucediendo, sino de la acogida extraña que les dispensa la gente. Pues ya lo ven: Margaret ha estado en la cárcel y no le

alcanza el tiempo para satisfacer todas las invitaciones que le han hecho muchas personas que nunca la invitaran hasta entonces.

GILBEY. - Yo ignoraba que se pudiera vivir sin ser respetable.

SRA. GILBEY. - ¡Oh, Rob, qué cosas se te ocurren! ¿Quién dice que no somos respetables?

GILBEY. - Pues no es lo que yo llamaría respetable la circunstancia de que los hijos de uno entren y salgan de la cárcel.

KNOX. - ¡Oh, vamos, Gilbey! No somos unos vagabundos por el hecho de que hayamos tenido, por así decirlo, un accidente.

GILBEY. - Es inútil, Knox: mirémoslo de frente. ¿Le dije yo a usted alguna vez que mi padre bebía?

KNOX. - Pero yo lo sabía. Simmons me lo dijo.

GILBEY. - Sí: era incapaz de callar: me confesó que la tía de usted era cleptómana.

SRA. KNOX. Eso no es cierto, señor Gilbey. Solía agarrar pañuelos cuando los veía tirados por ahí; pero se le podía confiar cualquier cantidad de platería.

GILBEY. Mi tío Phil era abstemio. Mi padre acostumbraba decirme: Rob, no tengas nunca unadebilidad. Sidescubres que alguna te está dominando, conviértela en un mérito. A tu tío Phil no legusta el alcohol; y esgrime eso como una virtud y preside el Comité de la Cinta Azul. A mi, me gusta el alcohol; y alardeo de eso y soy el Rey Cacatúa de los Cacatúas Joviales. Nunca te pongas en inferioridad de condiciones, dice mi tío. Yo solía jactarme de que Bobby era un buen chico. Ahora, fanfarroneo con lo tarambana que es, y eso le gusta también a la gente. ¡Que mundo este!

KNOX. - Al principio, me helaba la sangre oír a Margaret cuando le hablaba a la gente de Holloway; pero eso da mejor resultado que su canto.

SRA. KNOX. -Nunca creí le que cantara bien después de todas esas lecciones que le pagamos.

GILBEY. - ¡Dios mío,Knox!... Es una suerte que usted y yo nos hayamos visto complicados juntos en este trance. Se lo diré con franqueza: si no hubiese sido por la desgracia de Bobby, yo habría disuelto nuestra sociedad.

KNOX. -Yo no lo culparía: yo habría hecho lo mismo si no hubiese sido por Margaret. El

exceso de mojigatería hace muy unilateral el espíritu humano. Y, a propósito ... ¿qué hay de esos anuncios sobre corsés higiénicos que quieren ponernos en la vitrina Vines que eso no era decente y que no podíamos exibirlo en nuestro establecimiento. Me mostré bastante altanero con él. Pero...¿qué podré decirle ahora si viene y nos echa en cara el asunto?

GILBEY. - ¡Oh, ponga los anuncios! Podemos hacerlo ya, ahora.

SRA. GILBEY. - Ya has ido bastante lejos, Rob. *(A la señora Knox.)* Ahora, no quiere levantarse por la mañana. ¡Él, que siempre estaba en pie a las siete en punto!

SRA. KNOX. - ¿Has oído eso, Jo? *(A la señora Gilbey.)*

Se ha aficionado al whisky y a la soda. ¡Un litro por semana! ¡Y la cerveza, como antes!

KNOX. - ¡Oh! No prediques, vieja.

SRA. KNOX *(a la señora Gilbey).* - Ese es un nombre nuevo que tiene para mí. *(A Knox.)* Te digo, Jo, que eso no te sienta bien. Puedes llamarlo prédica, si quieres; pero, con todo eso, es cierto. Te digo que si tienes la felicidad dentro de ti, no necesitas buscarla fuera, gastando dinero en bebidas y teatros y malas compañías y siendo desdichado a fin de cuentas. Puedes quedarte sentado en casa y ser feliz; y también podrías trabajar y ser feliz. Si lo tienes dentro de ti, el espíritu te dará libertad para hacer lo que quieras y te llevará a obrar bien. Pero si no lo tienes, más vale que seas respetable y te aferres a las costumbres que el destino te ha señalado: porque no tienes otra cosa que te mantenga en el buen camino.

KNOX *(enojado).* - ¿Y no ha de divertirse nunca un hombre? ¡Ya ves qué ha resultado con tu hija! Debía estar contenta de la felicidad a que siempre te refieres y... ¿adónde la guió su espíritu? A una condena de un mes por ebriedad y agresión a la policía. ¿Agredí yo alguna vez a la policía?

SRA. KNOX. - No habrías tenido el valor de hacerlo. No culpo a nuestra muchacha.

SRA. GILBEY. -¡Oh, María! ¿Qué estás diciendo?

GILBEY. -¡Cómo! ¡Usted, que es tan piadosa!

SRA. KNOX. - Fue a donde la guió el espíritu. Y no sabía nada sobre el daño que podía causarle eso.

GILBEY. - ¡Oh, vamos, señora Knox! Las muchachas no son inocentes hasta tal punto.

SRA. KNOX. - No digo que Meg fuese' ignorante. Pero sí afirmo que no sabía lo que

sabemos nosotros: me refiero a cómo la dominan a- una ciertas tentaciones en forma tan repentina que no hay bondad ni dominio de sí misma que le permitan defenderse de ellas. Se salvó y tuvo de paso una dura lección: y digo que eso no lo causó ninguna protección terrenal. Pero ustedes, los hombres, no crean que se verán protegidos si usan lo que ella dijo como pretexto para hacer lo que les habría gustado hacer de no mediar el temor a perder su dignidad. El espíritu no los guiará porque no está en ustedes: y nunca ha estado; en ninguno de los dos.

GILBEY *(con irónica humildad).* - Le agradezco su buena opinión, señora Knox.

SRA. KNOX. - Debo decir en su descargo, señor Gilbey, que usted es mejor que mi marido. Mi Jo es un pagano intransigente, Dios me ayude. *(Empieza a llorar silenciosamente.)*

KNOx. -Vamos, no hables así, Amelia. Bien sabes que siempre he reconocido que tenías razón en punto a religión. Pero uno de nosotros tenía que pensar en otras cosas, o de lo contrario nosotros y la niña habríamos pasado hambre.

SRA. KNOx. - ¿Cómo sabes que habrías pasado hambre? Habría obtenido todo lo demás.

GILBEY. - Vamos, señora Knox. No me diga que Knox es un pecador. Lo conozco bien. Estoy seguro de que usted sería la primera en lamentarlo si le sucediera algo.

KNOX *(con amargura, a su esposa).* - Siempre has tenido algún resentimiento contra mí; y tú eres la única que puede comprender de qué se trata.

SRA. KNOX. - Yo quería un hombre que llevara la felicidad en sí mismo. Tú me hiciste creer que la tenías; pero sólo estabas enamorado de mí.

SRA. GILBEY. - ¿Y lo culpa usted por eso?

SRA. KNOx. - No culpo a nadie. Pero que no piense Jo que puede dejarse guiar por sus propias luces. Yo le digo que si renuncia a ser respetable irá cuesta abajo. No lleva en sí las fuerzas necesarias para darle estabilidad: por eso, tiene que aferrarse a las externas.

KNOX *(levantándose, irritado).* -¿Quién quiere renunciar a ser respetable? ¡Todo esto por un litro de whisky que duró una semana! ¿Cuánto le habría durado a Simmons, digo yo?

SRA. KNOX *(con dulzura).* -Bueno, no digas más, Jo. No quiero fastidiarte sobre eso. *(El se sienta.)* Nunca comprendiste ni comprenderás. A duras penas lo comprende alguien; ni siquiera lo comprendió Margaret hasta que fue a parar a la cárcel. Lo

comprende ahora; y tendré compañía en la casa después de todos estos años de soledad.

KNOX *(echándose a llorar).* - Hice todo lo que pude por hacerte feliz. Nunca te dije una palabra áspera.

GILBEY *(levantándose, indignado).* -¿Qué derecho tiene a tratar así a un hombre, a un marido honrado y respetable, como si fuera el polvo que pisan sus pies?

KNOX. - Déjela en paz, Gilbey. *(Gilbey se sienta, pero de mala gana.)*

SRA. KNOX. - Bueno. Me diste todo lo que podías, Jo; y si no fue lo que yo quería, la culpa no fue tuya. Pero preferiría que fueras como antes de aficionarte al whisky con soda.

KNOX. -No tomaré más whisky con soda. Lo jurare, si quieres.

SRA. KNOX. - No: beberás tu cerveza porque te gusta. El whisky sólo era fanfarronería. Y si quiere que sigamos siendo amigos, señor Gilbey, usted se levantará mañana a las siete.

GILBEY *(desafiante).* - ¡Que me condenen si haré semejante cosa!

SRA. KNOX *(con amable piedad).* - ¿Cómo sabe usted, señor Gilbey, qué hará mañana por la mañana?

GILBEY. - ¿Por qué no habría de saberlo? ¿Somos unos niños para que no nos dejen hacer lo que nos gusta, mientras nuestros hijos retozan a sus anchas? *(A Knox.)* Nunca fui partidario de entrometerme entre marido y mujer, Knox; pero si María empezara a darme órdenes así ...

SRA. GILBEY. -Vamos, Rob, no seas malo. ¿No sabes que no debes oponerte a la religión?

GILBEY. - ¿Quién se opone a la religión?

SRA. KNOX. -No se trata de que usted se oponga a ella o no, señor Gilbey. Si esta se le opone, usted tendrá que seguir el camino señalado: es inútil que discuta sobre eso conmigo, que soy una pecadora tan grande como usted.

GILBEY. - ¿De veras? ¿Y quién le ha dicho que soy un pecador?

SRA. GILBEY. -Vamos, Rob... Ya sabes que todos lo somos. ¿Qué es la religión, sino eso?

GILBEY. - No digo nada contra la religión. Supongo que todos somos pecadores, por así decirlo; pero no me gusta que me lo enrostren como si yo hubiese hecho realmente algo.

SRA. GILBEY. -La señora Knox lo dice por tu bien.

GILBEY. - Pues no me gusta que hablen por mi bien. ¿Le gustaría eso a alguien?

SRA. KNOX. -No se ofenda cuando no ha habido la menor intención, señor Gilbey. Hablemos de otra cosa. No se gana nada con discutir sobre esas cosas entre gente como nosotros.

KNOX. - ¡Como nosotros! ¿Nos echas en cara que los tuyos estaban en el negocio al por mayor y consideraban que Knox y Gilbey no valían lo bastante para ustedes?

SRA. KNOX. - No, jo: bien sabes que no quise decir eso. ¿En qué aventajaba mi familia a la tuya, a pesar de todo su orgullo? Pero yo lo he notado durante toda mi vida: somos ignorantes. No sabemos distinguir realmente lo bueno de lo malo. Estamos muy bien mientras las cosas marchan como siempre. Educamos a nuestros hijos como nos educaron a nosotros: y vamos a la iglesia o a la capilla como nuestros padres; y decimos lo que dicen todos; y todo va bien hasta que sucede algo insólito: hay una riña de familia o uno de los hijos se descarría o un padre se entrega a la bebida o una tía se vuelve loca o alguno de nosotros descubre que estamos haciendo algo que nunca creímos que queríamos hacer. Y entonces, ya sabe usted qué sucede: hay quejas y querellas y enojos y ofensas y palabras fuertes y malhumor y desconcierto, como si Satanás nos poseyera a todos. Entonces descubrimos que, a pesar de toda nuestra respetabilidad y piedad, no tenemos una verdadera religión ni una manera de distinguir el bien del mal. Sólo tenemos nuestras costumbres; y cuando las trastornan ... ¿adónde vamos a parar? Quedamos como Pedro en la tormenta, cuando trataba de caminar sobre las aguas y notó que no podía hacerlo.

SRA. GILBEY *(piadosamente).* - ¡Sí! Lo notó..., ¿verdad?

GILBEY *(con tono reverente).* - Nunca he negado que usted es muy inteligente, señora Knox ...

SRA. KNOX. - Vamos, Gilbey, no hablemos de mi inteligencia. Dénos un poco de té, María. He dicho lo que tenía que decir; y estoy segura de que ustedes me perdonarán por haber hablado tanto sobre eso y por haberme mostrado tan desagradable.

SRA. GILBEY. - Llama, Rob. *(Gilbey loca el timbre.)* Espera. Juggins creerá que lo llamamos.

GILBEY (aterrado). - Es demasiado tarde. Toqué mecánicamente antes de pensar en el

asunto.

SRA. GILBEY. - Vé a pedirle disculpas, Rob.

KNOX. - ¿Es él quien, según dijeron ustedes, es hermano de un...?

(Entra Juggins con la bandeja. Todos se levantan. Juggins lleva la. bandeja a la señora Gilbey.)

GILBEY. - No me proponía pedirle que hiciera eso, señor Juggins. Toqué el timbre sin pensarlo.

SRA. GILBEY *(tratando de tomar la bandeja de las manos del criado).* - Permítame, Juggins.

JUGGINS. - Le ruego que se siente, señora. Permítame que cumpla con mis deberes como de costumbre, señor. Le aseguro que es lo correcto. *(Todos se sientan, muy incómodos, mientras él pone la bandeja sobre la mesa. Luego, Juggins sale.)*

KNOX *(bajando la voz).* - ¿Es eso exacto, Gilbey? Cualquiera puede ser hijo de un duque, como usted sabe. ¿Es hijo legítimo?

GILBEY. - ¡Dios mío! Yo no había pensado en eso. *(Juggins vuelve con las masas. Lo miran con aire de sospecha)*

GILBEY (*en voz baja, a Knox).* - Pregúnteselo.

KNOX *(a Juggins).* - Sólo quiero hacerle una pregunta, amigo mío. ¿Estaban casados sus padres?

JUGGINS. - Así lo creo, señor. No puedo decirlo por que lo sepa personalmente. Debieron de casarse antes de nacer yo.

GILBEY. - Bueno, pero... Mire, como usted sabe...

(Vacila.)

JUGGINS. - ¿Qué, señor?

KNOX. - Yo sé cómo hay que preguntárselo, Gilbey. Déjemelo a mí. (*A Juggins*.) ¿Fue su madre la duquesa?

JUGGINS. - Sí, señor. Puedo asegurarle que es así, señor. *(A la señora Gilbey.)* Esta es la leche, señora. *(La señora Gilbey ha confundido las jarras.)* Esta es el agua.

(Ellos lo miran con lastimero malestar.)

SRA. KNOX. -¿Qué le dije yo? Aquí, sucede algo muy poco común con un criado; y ninguno de nosotros sabe cómo comportarse.

JUGGINS. - Es muy sencillo, señora. Soy un lacayo y ustedes deben tratarme como a un lacayo. *(Sigue cumpliendo tranquilamente con sus deberes, distribuyendo tazas de té mientras la señora Knox las llena.)*

(Desde el piso bajo, llegan ruidosas carcajadas.)

SRA. GILBEY. - ¿Qué alboroto es ese? ¿Está en casa el señor Bobby? Lo oigo reír.

SRA. KNOX. - Estoy segura de haber oído la risa de Margaret.

GILBEY. - De ningún modo. Era la de esa mujer.

JUGGINS. - Yo puedo explicárselo, señor. Debo rogarle que me excuse por la libertad que me he tomado: pero le estoy ofreciendo un té en mi antecocina aun pequeño grupo de personas.

SRA. GILBEY. -Pero ¿no figurará entre ellos el señor Bobby?

JUGGINS. -Sí, señora.

GILBEY. -¿Quién está con él?

JUGGINS. ' - La señorita Knox, señor.

GILBEY. - ¡La señorita Knox! ¿Está seguro? ¿Hay alguien más?

JUGGINS. -Sólo un oficial de la marina francés, señor... y... y la señorita Delaney. *(Deja el té de Gilbey sobre la mesa, delante de él.)* La dama que preguntó por el señor Bobby, señor.

KNOX. -¿Quiere usted decir que se reunieron ahí abajo por su cuenta y nosotros nos reunimos aquí arriba y no sabíamos nada?

JUGGINS. - Sí, señor. Tengo que esforzarme mucho para agasajar al señor Bobby en la antecocina, señor.

GILBEY. - ¡Vaya! ¡Lindo estado de cosas!

KNOX. - ¿Qué significa eso? ¿Para qué lo hacen?

JUGGINS. - Supongo que será para divertirse, señor.

SRA. GILBEY. - ¡Para divertirse! ¿Se ha oído nunca semejante cosa?

GILBEY. -¡La hija de Knox metida en mi antecocina!

KNOX. - Margaret codeándose con un francés y un lacayo... *(Advirtiendo de pronto que el lacayo le ofrece un trozo de torta.)* Ella no sabe. . ., no está enterada de Su Alteza. .. , ¿comprende?

SRA. GILBEY. - Quizás lo sepa. ¿Lo sabe, señor Juggins?

JUGGINS. - La otra dama sospecha de mí, señora. Me llaman Rodolfo o el Heredero Perdido Durante Largo Tiempo.

SRA. GILBEY. -Ese nombre es más bonito que el

de Juggins. Creo que lo llamaré a usted así, si no le molesta.

JUGGINS. -De ningún modo, señora.

(*Desde abajo, llegan carcajadas de holgorio.)*

GILBEY. - Vaya y dígales que no se rían más. ¿Qué derecho tienen a alborotar así?

JUGGINS. -Yo les pedí que no rieran tan ruidosamente, señor. Pero el caballero francés vuelve a provocar sus carcajadas.

KNOX.. -¿Quiere usted decir que mi hija festeja los chistes de un francés?

GILBEY. - Todos sabemos cómo son los chistes franceses.

JUGGINS. -No es así, señor: créame. El ruido se debió esta vez a que el francés dijo que el gato tenía el coqueluche.

SRA. GILBEY *(riendo de buena gana).*- ¡Caramba!

GILBEY. -No seas tonta, María. Mire, Knox. No podemos permitir que esto continúe. No se puede dejar que la gente se porte así.

KNOX. - Es precisamente lo que yo digo.

(Una concertina se agrega a la jarana.)

SRA. GILBEY *(excitada).* - ¡El zumbador! El lo compró para ella.

GILBEY. - De todos los escándalos que se hayan visto, este... *(Se acentúa abajo la risa.)*

KNOX. - Yo le pondré término a esto. *(Sale al rellano y grita.)* ¡Margaret! *(Un repentino silencio de muerte.)* ¡He dicho Margaret!

LA VOZ DE MARGARET. - Sí, papá. ¿Quieres que subamos todos? Nos morimos por subir.

KNOX. - Suban y avergüéncense de portarse como unos pieles rojas salvajes.

LA VOZ DE DORA *(vociferando).* - ¡Oh, oh, oh! No hagas eso, Bobby. Vamos... ¡Oh! *(En precipitada fuga, irrumpe en la habitación y la cruza, sin aliento, un poco confusa al encontrarse con los presentes.)* Perdone usted, señor Gilbey, por haber entrado así: pero cada vez que subo por la escalera precediendo a Bobby, él finge que es un gato y me muerde los tobillos; y sólo me resta gritar.

(Bobby y Margaret entran con más timidez, pero es evidente que están con muchos bríos.

Bobby se ubica cerca de su padre, sobre la alfombra de la chimenea y a poco se instala en el sillón.)

MARGARET. -¿Cómo está usted, señor Gilbey? *(Se ubica detrás de su madre. Entra Duvallet, quien se porta con la mayor corrección. Lo sigue Knox.)*

MARGARET. - ¡Oh... ! Permítanme que los presente. Mi amigo el teniente Duvallet. La señora Gilbey. El señor Gilbey.

(Duvallet se inclina y se sienta a la izquierda del señor Knox. Juggins le acerca una silla.)

DORA. - Vamos, Bobby: preséntame: sé bueno.

BOBBY *(algo nervioso a causa de lo que le piden, pero tratando de mantener sus bríos*). - La señorita Delaney: el señor y la señora Knox. (*Knox, mientras vuelve a sentarse, acusa recibo del saludo de Dora con aire receloso. La señora Knox se inclina con circunspección.)*

DORA. - Encantada de conocerlos. *(Juggins instala la pequeña mecedora a la derecha de Gilbey, frente a los Knox.)* Gracias. *(Ella se sienta.)* Bobby me ha dado el zumbador. ¿Saben qué han estado haciendo abajo? No lo adivinarían jamás. Trataron de enseñarme cómo debía comportarme en la mesa. El teniente y Rodolfo dicen que soy una perfecta mal educada. Nunca creí que me portara mal en la mesa, pero hay que vivir para aprender. *(A Gilbey.)* ¿Verdad, querido?

JUGINNS. - Querido no es una expresión correcta, señorita Delaney. *(Se retira al extremo del aparador más próximo a la puerta.)*

DORA. - ¡Oh, vamos! Tengo que llamar a un hombre de alguna manera. A él no le importa. ¿Verdad, Charlie?

SRA. GILBEY. - No se llama Charlie.

DORA. - Perdóneme. Llamo Charlie a todos.

JUGGINS. - No debe hacerlo.

DORA. - ¡Oh! ¡Si yo le hiciera caso, tendría que contener totalmente la lengua y cómo lo lamentaría usted! Dios mío... ¡Cómo corro! No me haga caso, señora Gilbey.

KNOX. -Lo que quiero saber es ... ¿cómo acabará todo esto? No me corresponde entrometerme entre su hijo y usted, Gilbey: él sabe mejor cuáles son sus propias intenciones y quizás se las haya comunicado. Pero yo tengo que cuidar de mi hija; y mi

deber de padre es comprender claramente sus problemas. Nunca se gana nada con andarse por las ramas. Le pregunto al teniente. . . Bueno, no sé hablar el francés y no logro pronunciar bien su apellido ...

MARGARET. - Monsieur Duvallet, papá.

KNOX. - Le pregunto al señor Duvallet cuáles son sus intenciones.

MARGARET. -¡Oh, papá! ¿Cómo puedes decir eso?

DUVALLET. -Temo que mis conocimientos del inglés no me bastan para comprender. ¿Intenciones? ¿De qué?

MARGARET. - Quiere saber si usted se casará conmigo.

SRA. GILBEY. - ¡Qué ocurrencia!

KNOX. - Silencio, señorita.

DORA Bueno... Eso es bastante directo… ¿eh?

DUVALLET. - ¡Pero si yo ya estoy casado! Tengo dos ijas.

KNOX *(levantándose con virtuosa indignación).* - Usted se sienta ahí después de haberse enredado con mi hija y me dice con el mayor desparpajo que es casado.

MARGARET. - Papá, no debes decirle a la gente que está sentada ahí. *(Knox se vuelve a sentar, enfurruñado.)*

DUVALLET. - Pardon ... ¿Enredado? ¿Qué quiere decir eso?

MARGARET. - Quiere decir...

KNOX *(con violencia).* - ¡Cállate, bribona desvergonzada! No te atrevas a decir qué significa eso.

SRA. KNOX. -No es decoroso que ella lo diga y tampoco es decoroso que lo diga un hombre. Señor Doovalley: usted es un hombre casado con hijas. ¿Les permitiría ir por ahí con un desconocido, como lo es usted para nosotros, sin averiguar si éste se propone portarse honorablemente?

DUVALLET. - ¡Oh, madame! Mis hijas son muchachas francesas. Eso es muy distinto. Para una muchacha francesa, no sería correcto andar por ahí sola y hablar con hombres, como lo hacen las inglesas y norteamericanas. Por eso admiro tan inmensamente al pueblo inglés. Ustedes son tan libres..., carecen hasta tal punto de prejuicios..., sus mujeres son tan valientes y tan francas..., sus espíritus son..., ¿cómo lo dicen ustedes?... , tan sanos ... Me propongo hacer educar a mis hilas en Inglaterra. En ningún otro país del

mundo podría yo haber hallado en un teatro de variedades a una joven y encantadora dama perfectamente respetable y disfrutado de un baile con ella en un salón público. ¿Y dónde, si no, les han enseñado a las mujeres a boxear y a hacerles saltar los dientes a los policías como una protesta contra la injusticia y la violencia? *(Levantándose, con enormes bríos.)* Su hija, madame, es soberbia. Su país es un modelo para el resto de Europa. Si usted fuera una francesa asfixiada por la mojigatería, la hipocresía y la tiranía de la familia y el hogar, comprendería cómo admira y envidia un ilustrado francés la libertad de que gozan ustedes, su amplitud de miras y el hecho de que apenas puede decirse que exista en Inglaterra la vida hogareña. Ustedes le han puesto término al despotismo del progenitor; desconocen el consejo de familia; en estas islas se puede gozar en todas partes del espectáculo exultante y liberador del alma de los hombres que riñen con sus hermanos, desafían a sus padres, se niegan a hablar con sus madres. En Francia no somos hombres : sólo somos hijos. .. , niños crecidos. Aquí, uno es un ser humano..., un fin en sí mismo. ¡Oh, señora Knox! Si el genio militar de ustedes estuviera a la altura de su genio moral. .. , si la conquista de Europa por Francia que inauguró la nueva era después de la revolución sólo hubiese sido una conquista británica... ¡hasta qué punto sería más ilustrado el mundo! Nosotros, por desgracia, sólo sabemos luchar. Francia es invencible. Imponemos nuestras mezquinas ideas, nuestros prejuicios, nuestras anticuadas instituciones, nuestra insufrible pedantería mediante la fuerza bruta…, mediante esa estúpida cualidad del heroísmo militar que prueba lo poco que hemos progresado desde el nivel del salvaje; más aun, desde el de la bestia.

Somos capaces de embestir como toros; y de saltar sobre nuestros enemigos como gallos de riña; cuando nos vence la traición, sabemos morir luchando como ratas. ¡Y somos lo bastante tontos para sentirnos orgullosos de eso! ¿Por qué ha de ser así? ¿Progresa el toro? ¿Se puede civilizar al gallo de riña? ¿Tiene algún futuro la rata? Nunca peleamos con inteligencia; cuando perdemos batallas, es porque no tenemos suficiente sentido común para comprender cuándo estamos vencidos. Si en Waterloo nos hubiéramos dado cuenta del momento en que estábamos derrotados, habríamos retrocedido, ensayado otro plan y ganado la batalla. Pero no: éramos demasiado porfiados para admitir que hay algo imposible para un francés: nos sentimos completamente satisfechos cuando a seis de nuestros mariscales les mataron los caballos que montaban y nuestros viejos y estúpidos

veteranos prefirieron morir luchando a rendirse como seres razonables. Piense en ese gran Wellington de ustedes: piense en sus palabras inspiradoras, cuando la dama le preguntó si los soldados ingleses huían alguna vez. "Todos los soldados huyen, señora -dijo-. Pero si tienen una protección sobre la cual replegarse, eso no importa." Piense en ese ilustre Nelson, siempre vencido en tierra, siempre victorioso en el mar, donde sus hombres no podían huir. Usted no está aturdida y extraviada por falsos ideales de entusiasmo patriótico: sus honrados y razonables estadistas piden para Inglaterra una medida doble, hasta triple, admitiendo con franqueza que es prudente combatir en una proporción de tres contra uno: mientras que nosotros, que somos estúpidos y fanfarrones, declaramos que todo francés es una multitud en sí mismo y que, cuando un francés ataca a tres ingleses, es culpable de un acto de cobardía comparable con el del hombre que golpea a una mujer. Eso es un desatino, una insensatez: en realidad, un francés no es más fuerte que un alemán, que un italiano, hasta que un inglés. Señor: si todas las francesas se parecieran a su hija..., si todos los franceses tuvieran el buen sentido, la capacidad de ver las cosas tales como son realmente, el juicio sereno, el espíritu abierto, la captación filosófica, la presciencia y el auténtico valor que le son tan connaturales a usted como inglés que apenas tiene conciencia de poseerlas, Francia llegaría a ser la nación más grande del mundo.

MARGARET. - ¡Tres vivas por la vieja Inglaterra! (*Le estrecha cordialmente la mano.)*

BOBBY. -¡Hurra! Y lo mismo decimos todos.

(Duvallet, después de haber respondido con entusiasmo al apretón de manos de Margaret, besa a Juggins en ambas mejillas y se desploma sobre su silla, secándose el sudor de la frente.)

GILBEY. - Bueno, yo no entiendo esa clase de conversaciones. ¿Y usted, Knox?

KNOX. -El quid del asunto parece ser que él no puede casarse legalmente con mi hija, como debería hacerlo después de haber ido a la cárcel con ella.

DORA. - Yo estoy dispuesta a casarme con Bobby, si es que eso puede servir de satisfacción.

GILBEY. - No, no hará usted semejante cosa. No, por lo que a mí respecta.

SRA. KNOX. - Debiera hacerlo, señor Gilbey.

GILBEY. - Bueno... Si es esa su religión, Amelia Knox, no la quiero ya. ¿Los invitaría

usted a su casa si él se casara con ella?

SRA. KNOX. - Tendrá que casarse con ella, sea que lo quiera o no.

BOBBY. - Creo que debo hacerlo, señora Knox.

GILBEY. - Cállate. No te nietas en lo que no te importa.

BoBBY *(con frenesí).* - Si no me dejan casarme con ella, haré algo acabadamente deshonroso. Me enrolaré como soldado.

JUGGINS *(con tono severo).* -Eso no es una deshonra, señor.

BOBBY. - Para usted no, quizás. Pero usted sólo es un lacayo. Yo, soy un caballero.

SRA. GILBEY. - No te atrevas a hablar en forma tan irrespetuosa al señor Rudolph, Bobby. ¡Avergüénzate!

JUGGINS *(adelantándose*). - No es una actitud caballeresca considerar deshonroso el servir a la patria. Es caballeresco casarse con la dama a quien uno le hace el amor.

GILBEY *(con pánico).* - ¡Mi hijo se casará con esta mujer y será un paria!

JUGGINS. - Su hijo y la señorita Delaney serán condenados inexorablemente por la sociedad respetable a pasar el resto de sus días en el tipo de sociedad que parece gustarles más y en la cual están más a sus anchas.

KNOX. - ¿Y mi hija? ¿Quién se casará con mi hija?

JUGGINS. - Su hija, señor, se casará probablemente con el hombre con quien decida casarse. Es una dama de carácter muy resuelto.

KNOX. - Sí: si es que él quiere aceptarla cuando su carácter haya desaparecido. Pero... ¿quién lo haría? Usted es hermano de un duque. ¿Aceptaría ... ?

BOBBY. -¿Qué?

MARGARET ¡Juggins, duque!

DUVALLET Comment!

DORA ¿Qué les dije yo?

KNOX. - Sí: hermano de un duque. Eso es lo que es. *(A Juggins.)* Sí. .. , ¿se casaría usted con ella?

JUGGINS. - Me disponía a proponerle esa solución de su problema, señor Knox.

SRA. GILBEY. -¡Vaya, vaya!

KNOX ¿Habla usted en serio?

SRA. KNOX ¡Casarse con Margaret!

JUGGINS *(continuando).* - Como ocioso hijo menor, incapaz de mantenerme a mí mismo y ni siquiera de seguir en el regimiento de guardias compitiendo con los nietos de los millonarios norteamericanos, yo no podía haber aspirado a la mano de la señorita Knox. Pero como criado serio, honesto y laborioso, que, según creo, le ha proporcionado satisfacción a su patrón *(se inclina ante el señor Gilbey),* me considero un hombre con carácter. Es la señorita Knox quien debe decidir.

MARGARET. - En cierta ocasión, intervine en una gresca de primera porque lo admiraba a usted, Rudolph.

JUGGINS. -Yo mismo me habría visto complicado en una gresca igualmente espantosa, señorita, si hubiese dejado vislumbrar mi admiración por usted. Esperé esas cenas semanales.

SRA. KNOX. - Pero. .. ¿por qué se rebajó un caballero como usted a ser lacayo?

DORA. - Se rebajó para conquistar.[1]

MARGARET. - Cállese, Dora: quiero oír.

JUGGINS. - Lo explicaré; pero sólo la señora Knox lo comprenderá. En cierta ocasión, insulté a un criado. Temerariamente: porque era un cristiano sincero. El me reprochó el haberme divertido con una muchacha de su clase. Le dije que recordara quién era y con quién hablaba. Afirmó que Dios lo recordaba. Lo despedí inmediatamente.

GILBEY. - Muy bien hecho.

KNOX. - ¿Qué derecho tenía él a mencionarle a usted semejante cosa?

SRA. GILBEY. - ¿Adónde va a parar la servidumbre?

SRA. KNOX. - ¿Llegó a ser cierto lo que dijo?

JUGGINS. - Se me clavó como una flecha envenenada y me dolió durante meses. Luego, me rendí. Yo mismo me puse a trabajar como aprendiz con un viejo mayordomo nuestro que tenía un hotel. Me enseñó mi oficio actual y me consiguió un empleo como lacayo con el señor Gilbey. Si vuelvo a encontrarme con ese hombre, podré mirarlo en la cara.

SRA. KNOX. - Margaret: no es porque sea duque: los duques son vanidades. Pero sigue mi consejo y tómalo.

MARGARET *(pasando su brazo por el hueco del de Juggins).* - Amé a Juggins desde el

[1] Alusión a la famosa comedia clásica inglesa de Oliver Goldsmith titulada "Se rebaja para conquistar" (She stoops to conquer).

primer día en que lo vi. Adiviné que había estado en el regimiento de guardias. ¿Puede Juggins salir conmigo, señor Gilbey?

KNOX.. - No seas vulgar, niña. Recuerda tu nueva posición. *(A Juggins.)* ¿Supongo que usted lo ha dicho en serio, señor... señor Rudolph?

JUGGINS. - Con su permiso, me propongo empezar a cortejarla hoy, si es que la señora Gilbey puede prescindir de mí.

GILBEY *(en un impulso de envidia, a Bobby).*-Tardarás bastante en casarte con la hermana de un duque, joven inútil.

DORA. - No se impaciente, querido. Rudolph me enseñará los modales de la clase alta. Esto me parece un final muy feliz. ¿No opina usted lo mismo, teniente?

DUVALLET.-En Francia, sería imposible. Pero aquí... ¡Oh! *(Y envía un beso aéreo.)* La belle Angleterre!

EPÍLOGO

Delante del telón. El conde, aturdido y agitado, se adelanta presurosamente hacia los cuatro críticos, cuando éstos se levantan, aburridos y cansados, de sus asientos.

EL CONDE. - Caballeros : no me digan nada. Les suplico que se reserven su opinión. No tengo fuerzas lucientes para soportar esto. Nunca habría podido creer¿Es esto una comedia? ¿Es, en algún sentido de la alabra, Arte? ¿Puede hacerle presuntamente bien a algún ser humano? ¿Es delicada? ¿Existe en realidad gente así? Perdónenme ustedes, caballeros: les hablo con el corazón herido. Hay razones privadas para mi malestar. Esta comedia contiene reproches y amenazas oscuros, injustos y malévolos para todos los que somos padres.

TROTTER. ¡Bah! Usted toma esto demasiado en serio. Después de todo, la pieza tiene pasajes divertidos. Desecho el resto como meras impertinencias.

EL CONDE. - Señor Trotter: a usted, le resulta fácil nostrarse despreocupado. *(Trotter,*

sorprendido, repite las tres primeras sílabas de esta palabra en la garganta, haciendo un ruido semejante al de un faisán.) Usted ve centenares de comedias cada año. Pero para mí, que nunca he visto nada parecido hasta ahora, el efecto de esta pieza es terriblemente inquietante. Señor: si se tratara de lo que la gente llama una comedia inmoral, no me importaría en lo más mínimo. *(Vaughan se muestra escandalizado.)* El amor embellece todos los romances y justifica todas las audacias. *(Bannal asiente, con aire grave.)* Pero hay reticencias que todos deben respetar. Hay decoros harto sutiles para volcarlos en palabras, decoros sin los cuales la sociedad humana sería insoportable. La gente no puede hablar entre sí como se habla esa gente. Ningún hijo le podría hablar a su padre: ninguna muchacha le podría hablar a un joven: ningún ser humano podría rasgar los velos... *(Invocando a Vaughan, quien está a su izquierda, con Gunn entre ambos.)* ¿Verdad, señor?

VAUGHAN. - Pues yo no lo veo así.

EL CONDE. - ¡No lo ve! ¡No lo siente! *(A Gunn.)* Señor: apelo a usted.

GUNN *(con estudiada laxitud).* - Esta comedia me parece el tipo más vulgar de vieja babosidad ibseniana.

EL CONDE *(volviéndose hacia Trotter, quien está a su derecha, entre él y Bannal).* - Señor Trotter: ¿me dirá usted que no se siente sorprendido, ultrajado, asqueado, herido en sus más profundos y sagrados sentimientos por todas las palabras de esta comedia, por todos sus tonos, por todas sus inferencias, me dirá que no se le contraen todas las fibras pensando en lo que puede suceder luego?

TROTTER. - De ningún modo. Cualquier muchacha inteligente moderna podría escribir esas cosas por docenas.

EL CONDE. - Entonces, señor, mañana parto para Venecia para no volver jamás. Debo creer en lo que usted me dice. Advierto que no se siente nervioso, ni asombrado, ni preocupado: que mi horror (sí, caballeros, mi horror... horror del alma misma) le parece a usted injustificable, ridículo, absurdo, hasta a usted señor Trotter, que es un poco más joven que yo. Señor: si la gente joven me hablara así, me moriría de vergüenza: no podría afrontarlo. Tengo que retroceder. El mundo ha pasado de largo a mi lado y me ha dejado atrás. Acepte las excusas de un admirador maduro y sin duda ridículo del arte de tiempos idos, cuando quedaba aún en el mundo un poco de belleza y cierta delicada gracia en la vida familiar. Pero le prometí a mi hija la opinión de ustedes: y debo cumplir mi palabra.

Caballeros: ustedes son los espíritus selectos y rectores de esta época: se pasean por ella sin perplejidad y afrontan sin consternación sus extraños frutos. Por favor, diga su veredicto, señor Bannal: usted sabe que la costumbre en los consejos de guerra es que el más joven de los oficiales presentes sea quien dé su opinión antes que nadie, para que no pueda influir sobre él la autoridad de sus mayores. Usted es el más joven. ¿Qué opina sobre la comedia?

BANNAL. - Bueno... ¿Quién la escribió?

EL CONDE. - Por el momento, eso es un secreto.

BANNAL. -Usted no creerá que yo sé qué puedo decirle sobre una comedia cuando ignoro quién es su autor. . ., ¿verdad?

EL CONDE. -¿Por qué no?

BANNAL. - ¿Por qué no? ¿¿Por qué no?? ¡Supongamos que usted tuviera que escribir sobre una comedia de Pinero y otra de Jones! ¿Diría exactamente lo mismo sobre ambas?

EL CONDE. - Sunongo que no.

BANNAL. Entonces... ¿cómo podría escribir sobre ellas antes de saber cuál es la de Pinero y cuál la de Jones? Además ... ¿qué clase de comedia es esta? Eso es lo que yo quisiera saber. ¿Es una comedia o una tragedia? ¿Una farsa o un melodrama? ¿Es una tontería de teatro de repertorio o una pieza realmente importante?

GUNN. - ¿No lo advierte usted con sólo verlo?

BANNAL.-Puedo verlo bastante bien; pero... ¿cómo he de saber cómo tomarlo? ¿Eso va en serio o se dice con el propósito de burlarse de uno? Si el autor sabe qué se propone su comedia, que nos lo diga. Si no lo sabe, no puede quejarse de que tampoco yo lo sepa. Yo no soy el autor.

EL CONDE. -Pero... ¿es buena la comedia, señor Bannal? Se trata de una pregunta simple.

BANNAL. - Bastante simple cuando uno lo sabe. Si le pertenece a un buen autor, se trata de una buena comedia, naturalmente. Es lo razonable. ¿Quién es el autor? Dígamelo y juzgaré la comedia con toda precisión.

EL CONDE. -Lo siento, pero no estoy autorizado a divulgar el nombre del autor. El autor desea que la obra sea juzgada por sus méritos.

BANNAL. - Pero... ¿qué méritos puede tener, salvo los del autor? ¿Quién la habrá

escrito, en su opinión, Gunn?

GUNN. -¿Quién cree usted que puede ser? Tiene usted ahí un pésimo melodrama a la antigua, interpretado por los títeres escénicos usuales. El protagonista es un teniente de la marina. Todos los protagonistas de melodrama son tenientes de la marina. La heroína se ve en apuros al desafiar a la ley (si no se viera en apuros, no habría drama) y procura que simpaticen con ella sin cesar. Su buena, vieja y piadosa madre se vuelve contra su cruel progenitor cuando éste va a echar a la muchacha de la casa y dice que también ella se irá. Luego, aparece el alivio cómico: el tendero gracioso, la esposa del tendero graciosa, el lacayo gracioso que resulta ser un duque disfrazado, y el joven e incorregible tarambana que le proporciona al autor su excusa para presentar en escena a una muchacha disoluta. Todo es tan viejo y rancio como una pescadería con peces fritos en una mañana invernal.

EL CONDE. -Pero ...

GUNN *(interrumpiéndolo*).-Sé qué dirá usted, conde. Dirá que todo eso le parece totalmente nuevo, insólito y original. El teniente de la marina es un francés que elogia a los ingleses y deja malparados a los franceses: la trillada treta de Shaw. Los personajes son gente de segundo orden de la clase media, en vez de ser duques y millonarios. La protagonista se ve arrastrada por el fango, un fango auténtico. No hay trama. Se advierten todos los viejos convencionalismos escénicos y títeres sin la ingenuidad de antaño y que no proporcionan el placer de antes. Y en todo el desarrollo de la comedia se mantiene un débil aire de pretensión intelectual para convencernos de que si el autor no ha escrito una buena obra, ello se debe a que es harto inteligente para descender a semejante vulgaridad. ¡Y ustedes, tres expertos, han presenciado todo esto y no saben decirme quién lo escribió! Pues bien: la obra ostenta la firma de su autor en cada línea.

BANNAL. - ¿De quién?

GUNN. -De Granville-Barker, naturalmente. ¡Pero si el viejo Gilbey parece surgido de "La Casa de Madras"!

BANNAL. - ¡Pobre Barker!

VAUGHAN. - ¡Tonterías! ¿No advierten ustedes la diferencia de estilo?

BANNAL. - No.

VAUGHAN *(desdeñosamente).* - ¿Saben ustedes qué es el estilo?

BANNAL. - Supongo que usted llamaría estilo uniforme al de Trotter. Pero no es el

mío... , ya que me lo pregunta.

VAUGHAN. - Para mí, resulta clarísimo quién escribió esa comedia. Por lo pronto, es sumamente desagradable. Por lo tanto, no es de Barrie, a pesar del lacayo, que parece tomado de "El Admirable Crichton". Era un conde, como ustedes recordarán. Ustedes habrán advertido, también, el ofensivo hábito del autor de decir cosas tontas que carecen de verdadero sentido cuando uno las examina, nada más que para hacer reír a todos los imbéciles que están en el teatro. Por lo tanto ... ¿a qué se reduce todo eso? A una tentativa de desenmascarar la supuesta hipocresía de la puritana clase media británica; gente que es tan buena como el autor, de todos modos. Y figura, desde luego, la inevitable mujer indecente: la señora Tanqueray, Iris, etcétera. Pues bien: si ustedes no logran reconocer al autor de todo eso, han errado la profesión: no tengo más que decir.

BANNAL. - ¿Por qué insiste usted tanto en Pinero? ¿Y en cuanto a la pincelada que identificó Gunn, el largo discurso del francés? Yo, creo que la obra es de Shaw.

GUNN. - ¡Pamplinas!

VAUGHAN. - ¡Bah! Más vale que se saque esa idea de la cabeza, Bannal. Por pobre que sea esta comedia, contiene una nota de pasión. Se siente, no sé por qué,

que debajo de toda esta aparente ligereza de esa pobre muchachita descarriada, ésta ama de verdad a Bobby y será una buena esposa para él. Ahora bien: yo he demostrado, repetidas veces, que Shaw es fisiológicamente incapaz de la nota de pasión.

BANNAL. - Sí, lo sé. La inteligencia sin emoción. Así es. También yo lo dije siempre. Un cerebro gigantesco; pero nada de corazón.

GUNN. - Vamos, cállese, Bannal. Esa tosca psicología medieval de corazón y cerebro - Shakespeare la habría llamado de hígado e ingenio- es realmente propia de un colegial. Por cierto que ya estamos hartos de Schopenhauers de segunda mano. Hasta alguien tan pasado de moda y trillado como Ibsen se avergonzaría de ello. ¡Corazón y cerebro! ¡Vaya, vaya!

VAUGHAN. - Usted no tiene lo uno ni lo otro, Gunn. Usted es decadente.

GUNN. - ¡Decadente! ¡Cómo amo esa palabra victoriana!

VAUGHAN. - Bueno. Sea como fuere, usted no podrá negar que los personajes de esta comedia se distinguen perfectamente el uno del otro. Eso prueba que la obra no es de Shaw, ya que todos los personajes de Shaw son él mismo: meros títeres insertados ahí

para hablar en nombre de Shaw. Sólo los actores les dan una apariencia distinta.

BANNAL. -De eso, no cabe duda: todos lo saben. Pero Shaw no escribe sus comedias como tales. Lo único que quiere hacer es insultar a todos los que lo rodean y que hablemos de él.

TROTTER *(con, laxitud).* - Y, naturalmente, todos estamos aquí hablando de él. Por amor de Dios, cambiemos de tema.

VAUGHAN. - Con todo, mis artículos sobre Shaw...

GUNN. - ¡Oh, basta!, Vaughan. Deje eso. Lo que les he dicho siempre sobre Shaw es ...

BANNAL. - ¡Ahí tienen ustedes! ¡Shaw, Shaw, Shaw! Basta, basta. Si quieren saber mi opinión sobre Shaw...

TROTTER. -No, por favor, no la diga.

VAUGHAN. -Cállese, Bannal.

GUNN. -¡Oh!, deje ese tema.

(El conde, ensordecido, se lleva los dedos a los oídos y huye del centro del grupo a sus alrededores, detrás de Vaughan.)

BANNAL *(enfurruñado).* - ¡Oh, está muy bien! Por cierto que lamento haber hablado.

(Recomendando simultánemanete)

TROTTER. - Shaw.. .

VAUGHAN. -Shaw...

GUNN. -Shaw... *(Los interrumpe bruscamente la entrada de Fanny por entre los cortinados. Está próxima a las lágrimas.)*

FANNY *(interponiéndose entre Trotter y Gunn).* -¡Cuánto lo siento, caballeros! ¡Y qué éxito fue esa comedia cuando se la leí a la Sociedad Fabiana de Cambridge!

TROTTER. - Señorita O'Dowda: yo me disponía precisamente a decirles a estos caballeros lo que adiviné antes de que se levantara el telón: que usted era la autora de la comedia. *(Asombro y consternación generales.)*

FANNY. - Y a todos ustedes, la obra les pareció detestable. Les desagrada profundamente. Me creen una estúpida engreída y que nunca seré capaz de escribir algo decente.

(Va a llorar. Una ola de simpatía domina a los críticos.)

VAUGHAN. -No, no. ¡Pero si yo acabo de decir que el autor de la obra debía de ser

Pinero! ¿No dije eso, Gunn?

FANNY *(enormemente halagada).* - ¿De veras?

TROTTER. -Me pareció que Pinero era demasiado

popular para la Sociedad Fabiana de Cambridge.

FANNY. - Claro, claro; pero, con todo ... ¡Oh! ¿Dijo usted realmente eso, señor Vaughan?

GUNN. -Le debo mis excusas, señorita O'Dowda. Yo, dije que la obra era de Barker.

FANNY *(radiante).* - ¡Granville-Barker! ¡Oh, usted

no puede haberla creído realmente tan buena!

BANNAL. - Yo, dije que era de Bernard Shaw.

FANNY. - ¡Oh, desde luego que debe de parecerse

un poco a las de Bernard Shaw! La pincelada fabiana..., ¿comprenden?

BANNAL *(acercándosele, con aire alentador).* -Una buena y divertida comedia, señorita O'Dowda. Fíjese que no digo que parezca propia de Shakespeare, como "Hamlet" o "La Dama de Lyon". ¿Comprende... ? Pero, con todo, es una obrita de primer orden.

GUNN (siguiendo el ejemplo de Bannal). - Lo mismo pienso yo, señorita O'Dowda. Magnífica. Encantadora. *(Le estrecha la mano.)*

VAUGHAN *(con solemnidad de ebrio).* - Pero sea fiel a sí misma, señorita O'Dowda. Consérvese seria. Renuncie a hacer chistes tontos. Mantenga la nota de pasión. Y hará cosas de gran envergadura.

FANNY. - ¿Creen ustedes que tengo un porvenir?

TROTTER. - Tiene usted un pasado, señorita O'Dowda.

FANNY *(mirando a su padre, con aire aprensivo).* – ¡Sssst!

EL CONDE. - ¡Un pasado! ¿Qué quiere usted decir, señor Trotter?

TROTTER *(a Fanny).* - Usted no puede engañarme. Ese pasaje sobre la policía es auténtico. Usted es sufragista, señorita O'Dowda. Figuraba en esa delegación.

EL CONDE. -¿Es verdad eso, Fanny?

FANNY. - Sí. Estuve un mes con Lady Constante Lytton; y me enorgullezco más de eso de lo que me he enorgullecido o me enorgulleceré jamás de cualquier otra cosa.

TROTTER. - ¿Hay algún motivo para que usted me atragante con piezas tan malévolas?

FANNY. - Sí: eso le enseñará qué se siente cuando a uno lo alimentan por la fuerza.

EL CONDE. - Fanny no volverá jamás a Venecia. Me siento ahora como cuando cayó el Campanile.

(Entra Savoyard por entre los cortinados.)

SAVOYARD *(al conde*). - ¿Tendría usted inconveniente en venir a decirle un par de palabras de congratulación a la compañía? Están bastante contrariados porque no los llamaron a escena.

EL CONDE. - ¡Claro, claro! Temo haber sido un poco negligente. Vayamos al escenario, caballeros.

(Se descorren los cortinados, mostrando la última escena de la comedia y a los actores en el escenario. El conde, Savoyard, los críticos y Fanny se reúnen con ellos y les estrechan las manos y los felicitan.)

EL CONDE. - Sea cual fuere nuestra opinión sobre la comedia, caballeros, ustedes estarán de acuerdo conmigo en que sólo cabe una opinión sobre la interpretación.

LOS CRÍTICOS. - ¡Bravo! ¡Bravo! *(Inician los aplausos.)*

TELÓN